



Los
Angeles
pueden cambiar
tu
vida

David G. Walker

Los
Ángeles
pueden cambiar
tu
vida

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».

Diseño de portada: Editorial Sirio, S.A.

© de la presente edición

EDITORIAL SIRIO, S.A.
C/ Panaderos, 14
29005-Málaga
España

EDITORIAL SIRIO
Nirvana Libros S.A. de C.V.
Camino a Minas, 501
Bodega nº 8 , Col. Arvide
Del.: Alvaro Obregón
México D.F., 01280

ED. SIRIO ARGENTINA
C/ Paracas 59
1275- Capital Federal
Buenos Aires
(Argentina)

www.editorialsirio.com

E-Mail: sirio@editorialsirio.com

I.S.B.N.: 978-84-7808-613-9

Impreso en China

David G. Walker

Los
Ángeles
pueden cambiar
tu
vida

editorial **S**irio, s.a.

Prefacio

El momento que nos ha tocado vivir no es nada fácil. Muchos estamos mal. Casi todos tenemos problemas. Nuestra salud renquea con diversos achaques. La relación de pareja es cada día más difícil, el trabajo más problemático y el futuro cada vez más incierto. Además, el dinero escasea.

Algunas veces, las dificultades pueden agobiarnos hasta el punto de hacernos perder el gusto por la vida. Tal era mi situación cuando fui consciente de los ángeles por primera vez. No deseaba vivir más. Sabía que nadie de fuera podría ayudarme y sabía también que carecía de las fuerzas necesarias para salir del hoyo por mí mismo. Entonces, por casualidad, descubrí un método de autoayuda que no era tal, pero que funcionó de una manera milagrosa. Hizo que mi vida diera un vuelco de 180 grados y que las oscuras nubes que ensombrecían mi horizonte se fueran despejando, hasta que muy pronto brilló de nuevo el sol. Y brilló con más fuerza de la que nunca antes tuvo. El



método fue muy simple; el esfuerzo, mínimo –no estaba yo entonces para grandes esfuerzos–, y el resultado, increíble.

Tomé conciencia de los ángeles del modo más casual. En un principio no creí mucho en ellos, pero tampoco fui totalmente escéptico. Supe que podemos pedir su ayuda y decidí poner-

los a prueba. Ése fue el principio de una relación maravillosa que perdurará para siempre y que todos, absolutamente todos, podemos iniciar cuando lo deseemos.

Y éste es mi primer mensaje para ti, que me estás leyendo en este preciso momento: ¡no te dejes engañar! El mundo es mucho más amplio, más rico y complejo de lo que captan tus sentidos. De hecho, ellos son como una estrecha rendija por la que apenas se divisa una minúscula parte de la realidad. Vemos y sentimos lo que cae dentro de esa abertura, pero nada más. Esto es algo muy sabido; sin embargo, lo olvidamos continuamente. Tus sentidos te dirán que estás solo, pero eso no es verdad. Son muchos los seres que te acompañan en este mismo instante. Aunque tus ojos no puedan verlos, aunque tu tacto no sienta su piel ni tu olfato su perfume, aunque tus oídos no oigan sus pasos. Algunos de ellos pueden ayudarte a mejorar tu situación y les encantaría hacerlo.

Solamente tienes que pedirselo.

San Antonio, Texas
Octubre de 1994

Introducción

Hace quince años inicié una relación bastante estrecha con algunos seres que desde mi punto de vista actual no puedo calificar más que como humanos angelicales, con muy estrechos contactos en el otro lado de la realidad. Sin embargo, mi conciencia de este hecho no fue entonces demasiado profunda, de modo que debió transcurrir más de una década antes de que los ángeles llegaran a desempeñar un importante papel en mi vida.

Todo se inició como consecuencia de un encargo de traducción efectuado por un editor y gran amigo. Se trataba del libro de Terry Taylor *Mensajeros de la luz*, que yo debía traducir al español. Cauteloso por naturaleza, no di en un principio mucho crédito al contenido del libro; me parecía —y me sigue pareciendo— encantador en muchos aspectos, pero en otros excesivamente fantasioso. No obstante, el contacto forzado que con él mantuve durante cierto tiempo y quizás también la desesperada situación en que entonces se hallaba mi vida a

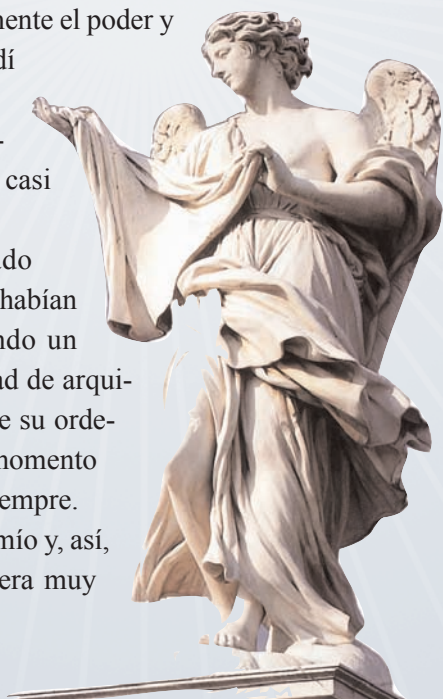


todos los niveles me empujaron un día a comprobar la afirmación de Terry Taylor según la cual «toda petición humana, cualquiera que sea su importancia, será tomada en cuenta por los ángeles y llevada a efecto, siempre que sea favorable para todos los implicados, o al menos no resulte dañina para nadie». De modo que me decidí a pedir la ayuda de esos seres espirituales protagonistas del libro de Terry, sin imaginar ni un momento que pudiese recibir lo solicitado, y mucho menos que, pocos años después, yo mismo estaría escribiendo sobre ellos.

El primer problema que les presenté se resolvió de una manera rápida y sorprendente. Mi situación económica era bastante crítica y lo que más me preocupaba en aquel entonces era el ya atrasado alquiler de mi apartamento. Usualmente entregaba cada mes un sobre con la cantidad acordada a la madre de la dueña, que vivía en el mismo edificio, dos pisos más arriba. Apenas habían pasado cinco o seis días desde mi petición de cierta ayuda monetaria cuando de manera totalmente inesperada recibí una cantidad considerable —al menos para mí en aquel momento lo era—, sin que para nada me acordara entonces de los ángeles. Al subir a entregar el dinero a la viejecita y mientras esperaba que me abriera después de haber hecho sonar el timbre, vi que pegado a su puerta había un angelito de cerámica, cuya presencia jamás noté

anteriormente y que ahora parecía mirarme de una manera muy especial. Cuando por fin me abrió y pude darle el sobre con el dinero para su hija, la anciana señora estuvo tan amable y se interesó tanto por mí que desde entonces fue ya siempre mi aliada secreta. Bajé a mi casa maravillado y sorprendido. El ángel de cerámica y la actitud de la señora, con quien hasta entonces apenas si había intercambiado breves saludos, me hicieron pensar que tal vez los ángeles me habían oído, decidiendo ayudarme de algún modo.

Aunque mi escepticismo y mis dudas eran todavía considerables, afortunadamente no llegaron a impedir que realizara mi segunda petición, relacionada de nuevo con el problema de la vivienda. Sabía, pues me lo habían notificado diversos médicos, que la contaminación de la ciudad estaba afectando mi precaria salud y, por otro lado, deseaba ardientemente liberarme del oneroso alquiler mensual. De modo que, intentando matar esos dos pájaros de un tiro y deseando al mismo tiempo comprobar definitivamente el poder y la voluntad de los ángeles, les pedí sin el mínimo recato algo que, teniendo en cuenta mis posibilidades económicas de entonces, era casi demencial: una casa propia, en un bosque y, además, no demasiado alejada de la civilización. Apenas habían transcurrido unas semanas cuando un compañero, profesor de la facultad de arquitectura, me comentó desolado que su ordenador se había estropeado en el momento más crítico, como suele ocurrir siempre. Por supuesto, le ofrecí gustoso el mío y, así, una amistad que hasta entonces era muy



superficial se convirtió en algo bastante más sólido, tanto con él como con otra arquitecta copartícipe suya en el trabajo efectuado con mi ordenador. Y fue precisamente esa arquitecta quien poco tiempo después me ayudó enormemente en ese asunto, y a ella le debo haber encontrado una parcela de terreno



ideal para mí en todos los sentidos: el lugar es magnífico —aunque muchos lo consideran excesivamente frío—, en pleno bosque de cedros y a una hora escasa de la ciudad. La parcela en cuestión había sido embargada por el gobierno. Siempre acompañado por la arquitecta, me entrevisté varias veces con el director de la dependencia estatal encargada de la regulación del suelo, y gracias a su intervención, pude adquirir la mencionada parcela por el mismo precio que había pagado su

último dueño algunos años antes, en total apenas tres mil dólares, cantidad que, teniendo en cuenta el nivel de la urbanización y la situación del propio terreno, era sencillamente ridícula. Además, por si todo eso fuera poco, el pago lo pude efectuar en varios plazos sin ningún tipo de recargo. El día que fui a ver el

lugar, me quedé helado; alguien, seguramente un niño, había pintado en la pared de la casa vecina la silueta de un ángel.

Siempre con la ayuda de esta arquitecta ya amiga, los trámites, los permisos estatales y locales, el agua, la luz y el comienzo de la obra fue todo vertiginoso. Yo mismo excavé los cimientos, el hoyo de la cisterna y la fosa séptica. Antes de tres meses estaba viviendo en mi nueva casa, que aunque ciertamente muy modesta, se ajustaba con toda exactitud a lo solicitado. Aquello me animó, de modo que, un poco por ver hasta dónde llegaba la «racha», seguí pidiendo. Con la culpable sensación de haber gastado mis dos primeros deseos en cosas puramente materiales, decidí que ahora me ocuparía de otros aspectos de mi vida que estaban exigiendo a gritos un arreglo en profundidad. Citaré sólo uno de ellos: la salud. Tras haber pasado por las manos de al menos una veintena de médicos de todas las tendencias, haber gastado considerable cantidad de dinero y haber sufrido estoicamente una operación y diversas terapias, mi situación era muy poco prometedora. El cáncer se me estaba extendiendo con cierta rapidez a través del sistema linfático y los dolores producidos por un tumor externo eran cada vez mayores. Los médicos que más confianza me merecían eran unánimes: no era conveniente



recurrir a la cirugía; sin embargo, los distintos tratamientos hasta entonces utilizados habían resultado inútiles y el tiempo iba pasando, acercándome cada vez más a una situación que pronto sería irreversible. Las consecuencias psicológicas de la enfermedad no eran menores que las físicas y algunos tratamientos llegaron a debilitarme tanto que durante varios meses no fui capaz de subir más de seis escalones, ni caminar trescientos metros sin detenerme o sentarme un momento a des-



cansar. Una vez más los ángeles fueron efectivos al máximo. Los caminos por los que me llevaron en busca de la curación –ajenos por completo a la medicina oficial– son tan apasionantes que por sí solos merecen constituir el tema de un próximo libro. No puedo decir que en la actualidad me halle totalmente libre de la enfermedad, pero sí que estoy entusiasmado, que mi situación ha cambiado de un

modo radical y que vislumbro muy claramente lo que para mí será como la salida de un largo túnel. Me es imposible comentar aquí todo lo que los ángeles –a modo de Santa Claus o los Reyes Magos– me han traído en menos de dos años, pues en algunos hechos intervienen terceras personas cuyo anonimato debo respetar.

Lo paranormal es captado de muy diferente manera y en muy diversos grados por los distintos individuos. Desde aquellos que casi todos los días están teniendo visiones y viviendo «experiencias», que continuamente tienen presentimientos,

oyen voces o sienten perfumes inexplicables, hasta los que jamás oyen, ven, sienten o captan nada de nada. Todo depende de la sensibilidad de cada uno y, por supuesto, también de su imaginación.

Sin considerarme totalmente «cerrado», debo aclarar que más bien me incluyo entre los últimos. Al hablar con otras personas sobre el tema de los ángeles, con frecuencia me siento bastante torpe, pues casi todas —aquí debo confesar otro gran complejo mío, y es que la inmensa mayoría de los libros editados en los últimos años sobre este tema están todos escritos por mujeres— han visto alguna vez «algo», aunque sólo sea una figura luminosa a los pies de su cama o un señor de cierta edad que desapareció inmediatamente, después de ayudarlas en algún asunto crucial. En mi caso no ha sido así, y lo digo principalmente para que no se sientan desanimados quienes, como yo, nunca «vieron» nada, ni siquiera una simple luz difícil de explicar. En realidad, el hecho de que seamos o no capaces de experimentar a los ángeles a través de nuestros sentidos físicos carece de importancia. Pero sí quiero acentuar enfáticamente que mi fe en ellos es ahora total. Generalmente, siempre que nos ayudan a lograr algo que les hayamos pedido, o el sustituto que ellos creen más conveniente para nosotros —más adelante hablaré de esto— suelen



darnos alguna señal inequívoca y demostrativa de que allí han andado ellos, de que no es algo que se pueda imputar a la «casualidad» ni a una evolución natural de las circunstancias. Al menos, así me ha ocurrido en casi todas las ocasiones. Quizás sea una estratagema suya para evitar que les quite el mérito de lo logrado, pues seguramente consideran que mi fe en ellos no es aún todo lo sólida que debería ser. O tal vez sea simplemente una forma —encantadora por cierto— de hacernos notar su presencia, su amistad y su ayuda a quienes, como yo, no sabemos ni podemos captarlos de otro modo más «sutil».

Andaba yo un día merodeando por las librerías más antiguas de la ciudad de Austin, cuando de pronto divisé en una estantería un libro de Ruth Montgomery —cuyas obras había estado buscando afanosamente para documentar un trabajo anterior. Se trataba de *A World Beyond*, publicado veinticuatro años antes. Lo tomé y comencé a hojearlo con esa sensación de desencanto que nos suele embargar cuando algo llega tarde y a destiempo. De pronto, todos mis sentidos se aguzaron al descubrir





entre sus páginas, olvidada seguramente por su antiguo dueño, una vieja felicitación navideña. No tenía la clásica forma rectangular, sino que se trataba ni más ni menos que de un ángel recortado en cartulina. Aquello fue suficiente para hacerme comprar el libro, que guardé hasta la semana siguiente, en que mi amiga arquitecta me había invitado a pasar unos días en la ciudad de Cuernavaca –México–, donde estaba terminando una construcción. Al día siguiente de llegar, sentado en una escalinata que da a la plaza principal, bajo los frondosos árboles que me protegían del ardiente sol tropical y sin

saber el tiempo que tendría que esperar a mi amiga, abrí el libro de Montgomery. Las primeras palabras que captaron mis ojos me dejaron de una pieza. «En Cuernavaca...», decían. Aquello era ya demasiada «casualidad». Me leí el libro de un tirón, ávidamente y con gran interés, y en él hallé cumplida respuesta a un asunto que me había estado preocupando durante muchos meses.

Como un ejemplo final, referiré de qué manera se materializó muy recientemente algo que había pedido a mis amigos

los ángeles hacía ya más de un año. No entraré en los detalles del caso, pero sí diré que la solución a mi pedido llegó a través de una persona totalmente «angelical»: Hania Czajkowski. Resulta que Hania es ni más ni menos que la autora de una sorprendente obra sobre ángeles que ha visto la luz en los últimos tiempos: *Jugando con los ángeles*. ¿Debo pensar que fue la casualidad lo que, tras viajar casi diez mil kilómetros hasta la ciudad de Buenos Aires, me hizo entrevistarme con una arquitecta argentina, totalmente desconocida hasta entonces para mí, y que esa arquitecta resultara precisamente ser Hania, autora del único libro-juego «angélico» que –hasta entonces– había visto la luz en el continente americano? Mucha casualidad sería ésa, sobre todo teniendo en cuenta que los ángeles están presentes en este asunto. Además, la casualidad no existe.

Parece que a este mundo venimos básicamente a dos cosas: a aprender y a ayudar a los demás. Si la síntesis que, con mis experiencias y las de otros, presento en los capítulos siguientes lograra servir de ayuda a alguien como el libro de Terry Taylor me sirvió a mí, este humilde trabajo habrá cumplido totalmente con su cometido.

Que así sea.





¿Qué es un Ángel?

¿Qué es para ti un ángel? ¿Qué te sugiere esta palabra? ¿Qué te viene a la mente cuando la oyes o la pronuncias? Para unos los ángeles son nuestros hermanos mayores, seres de luz que nos mandan información y pensamientos amorosos a fin de guiarnos e inspirarnos. Para otros, como Don Gillmore, autor del libro *Ángeles por todas partes*, son formas, imágenes o expresiones a través de las cuales puede ser transmitida la esencia y la energía de Dios.

Para la Iglesia católica, los ángeles son una especie de auxiliares de la Providencia en el gobierno del mundo: espíritus puros, mandados por Dios para que nos guíen, nos aconsejen y nos ayuden en nuestro transitar por la tierra y en nuestro camino hacia el cielo. Vale la pena aclarar estos dos términos a fin de evitar confusiones: todo ángel es espíritu, pero no todo espíritu es ángel. Espíritu es un ser inteligente que en circunstancias normales carece de un cuerpo físico, o al menos de un cuerpo que nuestros sentidos puedan captar como «físico»,



pero no por ello es siempre ángel. Hay espíritus de la naturaleza. Hay espíritus de seres desencarnados. Hay seres de otras dimensiones que podemos considerar perfectamente espirituales, pues viven su vida en el mismo espacio que nosotros, sin jamás

interferir en nuestra «longitud de onda» ni nosotros en la suya. Hay incluso espíritus protectores de los seres humanos, sin que por ello sean ángeles. Las palabras de san Agustín a este respecto son muy certeras: «Los ángeles son espíritus, pero no son ángeles porque sean espíritus, sino por ser enviados de Dios. El nombre de ángel se refiere a su oficio, no a su naturaleza. Su naturaleza es espíritu; su oficio, angelical. El ángel es un mensajero». Y ése es precisamente el significado inicial de la palabra *ángel*: mensajero. En las diferentes tradiciones religiosas, el papel representado por los ángeles es tan importante y central en todas ellas que resulta ilógico atribuirlo a la fantasía o a la invención pura y simple de los antiguos cronistas. Además, al igual que en los tiempos del Antiguo Testamento, en nuestros días los ángeles siguen interviniendo en la vida de los humanos, unas veces de manera anónima y secreta, y otras abiertamente y a plena luz del día. Cuando se dejan ver, suelen hacerlo bajo la forma de luces, figuras resplandecientes o, en muchas ocasiones, como personas normales y corrientes. Pueden manifestarse durante el estado de vigilia, y también en sueños. Una constante



en sus apariciones con forma humana —«disfrazados» de personas comunes, podríamos decir— suele ser su momentaneidad: llegan, hacen o dicen aquello por lo que han venido, y un momento después se van sin que jamás volvamos a saber de ellos. Un amigo, en absoluto inclinado a los asuntos espirituales ni religiosos —dudo que desde que tiene uso de razón haya pisado una iglesia en más de cuatro o cinco ocasiones, y siempre con motivo de algún acontecimiento social—, se ha visto sin embargo varias veces beneficiado por tales seres, que con una apariencia totalmente común, en los momentos más críti-



cos de su vida, lo socorrieron con palabras, con dinero en efectivo y hasta con una bolsa llena de ropa, exactamente de su talla. Cuando trató de seguirles la pista, sus intentos fueron infructuosos.

Otras personas suelen verlos con apariencia de niños o jóvenes resplandecientes, durante la noche a los pies de la cama, o en los lugares y momentos más insospechados. La constante en estos casos suele ser una sensación de bienaventuranza, de

felicidad e intenso bienestar, que en unas ocasiones dura un momento y en otras varios días o incluso semanas, pero que ya no puede ser olvidada, por mucho que se prolongue la vida de quien tuvo tal experiencia. En sus apariciones en forma humana la sensación que suele prevalecer es también un profundo bienestar, una gran tranquilidad, serena y apacible, independiente de que nos saquen de algún apuro. En su libro *Vislumbres del mundo Invisible*, el doctor Lee relata cómo en un incendio ocurrido en el londinense barrio de Holborn un ángel salvó a un niño de morir abrasado. Las llamas habían tomado tal incremento que los bomberos se vieron obligados a dejar que el fuego devorase dos edificios, dedicándose únicamente a intentar salvar a sus moradores. Lograron rescatarlos a todos menos a dos: una anciana que murió asfixiada por el humo antes de que ellos llegaran y un niño de cinco años de quien nadie se había acordado ante la turbación y el pánico causado por el fuego. El olvido tenía explicación en parte, pues dicho niño no vivía usualmente en aquella casa, sino que, como su madre debía desplazarse a Colchester aquella noche por asuntos de familia, lo había confiado a la hospitalidad de una pariente suya, inquilina de una de las viviendas siniestradas. Cuando todos estuvieron a salvo y los edificios se



veían ya totalmente envueltos en llamas, aquella mujer se acordó con espanto del niño que le habían confiado. Al sentirse incapaz de regresar ella misma a la casa en busca del niño, su llanto era desesperado. Un bombero decidió intentarlo y tras



ser informado de la situación exacta de la alcoba penetró heroicamente en aquel infierno de fuego y humo. Un minuto después reaparecía con el niño sano y salvo, sin la más leve quemadura. El bombero refirió que la alcoba estaba ardiendo y con la mayor parte del suelo hundido, pero que las llamas, en contra de su tendencia natural, se retorcían hacia la ventana de un modo tal que él jamás había visto en su larga experiencia profesional algo semejante, dejando enteramente intacto el rincón donde estaba la cama del niño, pese a que las vi-

gas del techo ya se veían medio quemadas. Dijo que encontró a la criatura presa del natural terror, pero que al acercarse vio una figura blanca inclinada sobre el lecho, en actitud de cubrir al niño con la colcha. Añadió que no había sido víctima de alucinación alguna, y que lo pudo ver con toda claridad durante unos segundos, aunque desapareció al acercarse él a la cama. Una circunstancia curiosa de este caso es que aquella misma noche la madre del niño no fue capaz de conciliar el sueño en

su alojamiento de Colchester, atormentada por la idea de que a su hijo le amenazaba una desgracia. Tan fuerte era su presentimiento que finalmente se levantó y oró, pidiendo al cielo protección para su hijo.

El número de personas que han tenido experiencias con ángeles es muy superior al que a primera vista podría pensarse. El doctor H. C. Moolenburg, pionero de la moderna literatura sobre ángeles, efectuó en 1982 una encuesta entre cuatrocientos de sus pacientes, preguntándoles directamente si alguna vez en su vida habían visto un ángel. Treinta y una de tales personas, es decir un 7,75%, contestaron afirmativamente. Y eso sin incluir a los que estaban seguros de haber tenido encuentros con ángeles, sin verlos realmente –entre éstos, aquellos que fueron salvados de forma inexplicable con motivo de diversos accidentes, los que tuvieron experiencias extracorpóreas cerca-

nas a la muerte y otros que mani-

festaron haberse sentido extra-

ñamente impulsados por algo o alguien a dirigirse a algún lugar o a realizar algo que luego modificó sustancial y favorablemente el curso de sus vidas–.

El doctor Moolenburg eliminó posteriormente todos los casos en los que el sujeto no

había estado plenamente consciente durante su visión, ya fuera

ésta en sueños, bajo el efecto de la anestesia o en estado de coma, y también a quienes no vieron al ángel completo –sino





sólo unas manos o las alas—, lo oyeron o lo percibieron de algún modo ajeno al sentido de la vista; además, tampoco se consideraron los casos en los que el supuesto ángel no se mostró con una forma claramente humana, por ejemplo cuando fue percibido como un resplandor o una luz brillante. Tras esta exhaustiva y minuciosa criba, quedaron todavía seis casos ya prácticamente inobjetables, es decir, el 1,5% de la población entrevistada. Para muchos que, como yo, nunca han visto un ángel, el porcentaje del 1,5% podría parecer todavía elevado; sin embargo, la encuesta del doctor Moolenburg fue efectuada de la manera más minuciosa y «científica». Los sondeos realizados por mí, con motivo de este trabajo, me han evidenciado que o bien las cifras dadas por el doctor Moolenburg son de una prudencia extrema, rayana al escepticismo, o las manifestaciones

angelicales en el plano humano se han incrementado mucho desde 1982 hasta la fecha.

No obstante, la mayoría de las personas que han tenido este tipo de vivencias suelen mostrarse reacias a hablar de ello, unas veces por miedo al ridículo y otras por una comprensible reticencia a exteriorizar un episodio de sus vidas muy íntimo y trascendente. En cuanto al perfil psicológico de tales personas, no he sido capaz de discernir ningún rastro común, excepto el hecho de que todas parecen poseer una intuición bastante fina y desarrollada. Sin embargo, que podamos o no experimentarlos mediante nuestros sentidos físicos es algo que carece totalmente de importancia. El hecho es que ellos están continuamente aquí, a nuestro lado, ayudándonos y guiándonos de mil maneras insospechadas, deseando en todo momento conectarnos con ese plano más elevado de la realidad que llamamos el cielo y, al mismo tiempo, dispuestos siempre a hacer todo lo posible para que seamos más felices aquí en la tierra.

Ellos saben que el estado natural de la vida es la alegría, la felicidad, la risa y la belleza, cualidades de las que nos solemos, invariablemente, apartar en cuanto dejamos atrás la infancia. Todas ellas son cualidades del cielo, que es el reino de los ángeles. Su labor es precisamente acercarnos a ese reino, siempre que nosotros queramos y estemos dispuestos a aceptarlo.







Clases de Ángeles

A mediados del siglo V y muy probablemente en Siria, alguien a quien se ha dado en llamar el Pseudo-Areopagita escribió varios libros religiosos, firmando con el nombre de Dionisio, discípulo de san Pablo que había vivido cinco siglos antes en Atenas –llamado el Areopagita por haber sido miembro de la corte de justicia que se reunía en el Areópago– y que al parecer murió martirizado en la segunda mitad del siglo I. Y es precisamente en las obras del Pseudo-Areopagita donde por primera vez aparece la clasificación que distribuye a las criaturas celestiales en nueve coros angélicos:

- Serafines
- Querubines
- Tronos
- Dominaciones
- Virtudes
- Potestades

- Principados
- Arcángeles
- Ángeles

El valor y la importancia dados a las obras del Pseudo-Areopagita han ido creciendo con el transcurso del tiempo. Pese a que no existe ningún documento anterior al siglo V que de fe de estas obras, han llegado a ser consideradas como genuinas, y tanto los místicos de la Edad Media –entre ellos el Maestro Eckhart– como muchos de siglos más recientes se han apoyado en ellas.

Durante toda la Edad Media, los ángeles hicieron correr mucha tinta y fueron los protagonistas de numerosos debates e incluso de lo que hoy llamaríamos «convenciones», que atraían a multitudes de oyentes. Entre los autores que con mayor fuerza y autoridad disertaron sobre ellos, cabe destacar a santo Tomás de Aquino, que vivió en la Italia del siglo XIII y que retomó, matizó y amplió lo que ya antes habían dicho otros sobre



los ángeles, entre ellos el Pseudo-Dionisio, san Agustín, e incluso Platón y Aristóteles. Sin embargo, para santo Tomás,

cada ángel es una especie única y da lugar a una categoría de ser nueva y de enorme riqueza. Al contrario de las cosas, que se distinguen por la pobre materia que las forma como individuos, para él el ángel posee algo así como una individualidad absoluta y una realidad suma, y no admite que se le adscriba a ninguna otra categoría que a la que él mismo inaugura y que con él concluye.

Entre los místicos modernos que con mayor intensidad se han ocupado de los ángeles, destaca el sueco Emmanuel Swedenborg (1688-1772), brillante científico contemporáneo de Newton y Halley. Entre las numerosísimas obras que dejó escritas, hay tratados de física, química, astronomía, mineralogía, minería, anatomía y economía. A partir del año 1743, aunque sin abandonar del todo sus actividades científicas, pasó a ocuparse primordialmente de asuntos espirituales, y en 1745 comenzó a tener comunicaciones directas con los espíritus y los ángeles, pero al contrario de la usanza espiritista, con pleno uso de sus facultades y conciencia. En su obra *Arcana Coelestia* dice textualmente: «Estoy convencido de que muchos insistirán en que le es imposible al hombre conversar con los ángeles mientras está encerrado en la cárcel del cuerpo. Dirán que mi trato con





estos seres es pura invención o bien un recurso para obtener publicidad. Por mi parte no me preocupo de cuanto se pueda decir en mi contra, pues no hablo sino de lo que he visto, oído y palpado».

También Rudolf Steiner (1861-1925) se ocupó extensamente de los seres angélicos, de su naturaleza y actividades. Como dice Sophy Burnham en su *Libro de los ángeles*, «resulta extraño pensar que los teólogos medievales, e incluso el moderno Steiner, dedicaran tanto tiempo y esfuerzo a establecer toda una jerarquía de ángeles y a averiguar dónde se encuentran. Los ángeles no viven en ninguna parte, del mismo modo que Dios tampoco vive en ninguna parte. Se hallan en el espacio de la eternidad y en el centro de nuestros corazones».

En la Biblia, además de los ángeles y arcángeles, se cita expresamente dos tipos de seres angélicos: querubines y serafines.

Querubings

Los primeros ángeles que aparecen en las Sagradas Escrituras son los querubines que Yavé situó a las puertas del paraíso. Esta función de guardianes de los lugares santos, con la obligación de permitir sólo la entrada a las personas debidamente autorizadas, fue durante todo el Antiguo Testamento una de las labores encomendadas a esta orden angélica. De este modo, cuando Yavé le dio a Moisés las instrucciones para construir el Arca de la Alianza, le ordenó colocar sobre la cubierta dos querubines de oro, uno frente a otro y ambos vigilando permanentemente la seguridad del Arca.

Sin embargo, el trabajo que con mayor frecuencia –y al parecer más gustosamente– desarrollan los querubines en los





relatos del Antiguo Testamento es el de transportar a Dios de un lugar a otro. «Y [Yavé] cabalgó sobre un querubín, y voló, voló sobre las alas del viento», dice el salmo 18.

Tal vez esto fue lo que indujo a los pintores del Renacimiento a denominar querubines a los rollizos ángeles niños que solían pintar bajo la Virgen en su ascensión a los cielos; sin embargo, los querubines del Antiguo Testamento son algo muy distinto, como bien lo demuestra su severa función de guardianes en el mencionado pasaje de la expulsión del paraíso, y también –y de una manera muy especial–, el libro del profeta Ezequiel.

En el extraño relato que forma el capítulo 10 de su libro, Ezequiel describe con todo detalle a unos extraordinarios seres que él mismo identifica como querubines, los cuales, equipados con unas misteriosas ruedas y produciendo un ruido ensordecedor, acompañaron a Dios en su aparición sobre el templo.

Serafines

En el capítulo 6 de su libro, el profeta Isaías nos da una descripción bastante detallada de estos ángeles, pues dice que se hallan sobre el trono del Señor y que tienen seis alas: con dos se cubren el rostro, con otras dos se cubren los pies y con las dos restantes vuelan, mientras continuamente están alabando el nombre de Yavé. Uno de ellos voló hacia él con un carbón encendido en la mano y, colocándolo sobre sus labios borró todos los pecados del profeta.







Los Arcángeles

Los arcángeles son ángeles de una categoría superior, y cada uno de ellos manda y coordina a una infinidad de ángeles. Tradicionalmente, se ha considerado que los arcángeles son cuatro: Rafael, Gabriel, Miguel y Auriel (o Uriel), mientras que otros aseguran que son siete. Sin embargo, en la Biblia tan sólo se confiere expresamente el título de arcángel a Miguel. De las referencias bíblicas sobre Miguel se deduce claramente la importancia de este arcángel como jefe de las huestes celestiales en su lucha contra las fuerzas del mal: «Y fue hecha una gran batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón y sus ángeles», dice el Apocalipsis.

También el papel desempeñado por Gabriel es primordial. Fue él quien mostró y explicó a Daniel el sentido de la visión que el profeta tuvo en el tercer año del reinado de Belsasar. Seiscientos años más tarde lo vemos aparecerse a Zacarías para informarle que su esposa daría a luz a Juan el Bautista y seis



meses después anunciaba a María que sería madre del Hijo de Dios, apareciéndose en sueños también a José.

El místico ruso G. I. Gurdjieff consideraba que los arcángeles constituyen un tipo de criaturas diferentes de los ángeles. Su concepción cosmogónica presenta la siguiente progresión: minerales, plantas, animales invertebrados, animales vertebrados, hombre, ángeles, arcángeles, Eterno Inmutable y Absoluto. Es decir, los ángeles están entre el hombre y los arcángeles, y éstos a su vez, entre los ángeles y el Eterno Inmutable.

Así describe a los cuatro arcángeles una de las más antiguas escuelas mágico-cabalísticas: Rafael es el arcángel del

elemento aire y del punto cardinal este. Los cabalistas lo visualizan en dicha dirección, sobre el firmamento, vestido con una túnica amarilla que se mueve a merced del viento que sopla desde atrás, haciendo que los pliegues tomen a veces tonos púrpúreos. Lleva en la mano una espada. Ha sido tradicionalmente considerado como el arcángel de la curación, y según muchos el significado de su nombre no es otro que «Dios cura». Gabriel es el arcángel del elemento agua. Su lugar es el oeste. Los magos cabalistas lo visualizan con el brazo derecho levantado hacia el frente y llevando en la mano una copa de la que fluye el líquido vital. Su túnica es de color azul, con reflejos naranja. El significado de su nombre es «el Poder de Dios». Miguel es el arcángel del elemento fuego. Su punto cardinal es el sur y los magos cabalistas lo visualizan vestido de color rojo, con rayos complementarios de tonalidad verde. En la mano derecha sostiene una vara. Con base en ciertos pasajes bíblicos, se le ha considerado tradicionalmente como el jefe de las huestes celestiales: brazo derecho de Dios en la lucha contra el mal. Su nombre en hebreo significa «aquel que es como Dios». Auriel es el arcángel de la tierra y los cabalistas lo visualizan situado al norte, vestido con los colores de las estaciones ricas y fértiles, ocre, oliva, bermejo



y negro, llevando un pentáculo o escudo. Es el arcángel encargado de las luminarias y también desempeña funciones de justicia.

La concepción medieval consideraba al mundo constituido por cuatro elementos: aire, agua, tierra y fuego, cada uno de ellos regido, como hemos visto, por un arcángel. Tradicionalmente el aire se asimilaba a la inteligencia y la movilidad; el agua al amor, a las emociones y a la imaginación; el fuego a la purificación, a la destrucción de lo negativo, a la acción y a la fuerza, y la tierra al mundo físico en general, a la naturaleza y al campo. De este modo los arcángeles rigen sobre todo lo visible e invisible, y han sido asimilados por los diferentes sistemas esotéricos y mágicos que, procedentes de la más remota antigüedad, se extendieron durante la Edad Media y el Renacimiento, como la astrología, la alquimia y el tarot.





Los Ángeles de la guarda

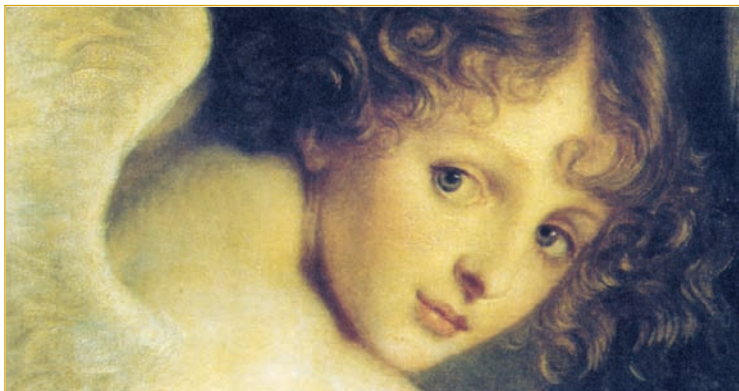
Acada uno de nosotros, al venir a este mundo, se nos asigna un ángel guardián. Cada ser humano, independientemente de su raza, creencias, nivel social, aspecto o tamaño, tiene el privilegio de tener a su lado a un ángel que lo acompaña durante toda la vida. Está con nosotros todo el tiempo, dondequiera que vayamos e independientemente de lo que hagamos. Ha estado con nosotros desde el principio y con toda seguridad ya nos entrevistamos con él cuando decidimos venir a este mundo con el cuerpo y las cualidades humanas que hoy disfrutamos y sufrimos. Decía el papa Juan XXIII: «La existencia de los ángeles custodios es una verdad de fe continuamente profesada por la Iglesia, que forma parte desde siempre del tesoro de piedad y doctrina del pueblo cristiano. La Iglesia los venera, los ama y son motivo de dulzura y de ternura».

Aunque es cierto que en algunas ocasiones –para nuestros ojos humanos– el ángel de la guarda parece haberse alejado de nosotros, también lo es que todos hemos vivido sucesos en los



que su presencia es indiscutible. ¿Quién no ha arriesgado alguna vez su vida de manera irresponsable y temeraria? ¿Quién no ha sentido que en el momento crucial algo o alguien, alguna fuerza invisible, intervino apartándole de un peligro que podría haberle causado la muerte o al menos daños físicos? ¿Qué conductor no ha experimentado alguna vez la sensación de que alguien le avisó, llamándole perentoriamente la atención y aguzando sus sentidos en el momento clave? Todos hemos iniciado alguna vez algo con la profunda sensación de que aquello era un error, para más tarde comprobar que efectivamente, de haber seguido, las consecuencias habrían sido desastrosas. Según Terry Taylor, hay dos épocas en la vida de todo individuo en las que el ángel de la guarda —ángel custodio o ángel guardián— tiene que esforzarse al máximo e incluso recurrir a la ayuda de otros ángeles: una de ellas es alrededor de los dos años de edad, época en la que el niño, que ya dispone de movilidad por sí mismo, se dedica a explorar el mundo que lo rodea, y la otra es la adolescencia, en la que un impulso parecido pero de otro nivel nos hace despreciar totalmente los peligros a los que nos enfrentamos.





Los niños, antes de alcanzar la edad escolar, suelen percibir a los ángeles mucho más claramente que las personas adultas y, del mismo modo, a toda una extensa serie de entes incorpóreos. Con frecuencia, éstos adoptan forma de niños, y así comparten sus risas y sus juegos. Otras veces, los suelen ver con apariencia de jóvenes de notable hermosura, hombres o mujeres. Además, independientemente de esta circunstancia, todo parece indicar que los seres angélicos sienten cierta preferencia por los niños.

El ya mencionado doctor Lee relata en su libro cómo dos pequeños hijos de un modesto labrador se quedaron jugando mientras sus padres se ocupaban en las labores de recolección. Los niños, ansiosos de corretear por el bosque, se alejaron demasiado de la casa y no pudieron encontrar el camino de vuelta. Cuando los fatigados padres regresaron al oscurecer, notaron su ausencia y, después de buscarlos infructuosamente por las casas vecinas, enviaron a los jornaleros en distintas direcciones a buscarlos. Sin embargo, la exploración resultó inútil y todos volvieron con el semblante afligido. De pronto vieron a lo lejos una luz que se movía lentamente a través de los campos lindantes con la carretera. La luz era esférica y tenía

un bello color dorado. Los padres y sus ayudantes acudieron inmediatamente y al llegar vieron que allí estaban los niños, mientras la luz se desvanecía totalmente. Los pequeños relataron cómo se perdieron en el bosque y, después de llorar y pedir socorro, se quedaron dormidos al pie de un árbol. Luego, según ellos, los despertó una hermosísima señora que llevaba una lámpara, los cogió de la mano y los llevaba a la casa cuando sus padres los encontraron. Por más que los niños preguntaron, la aparición no hizo más que sonreír, sin pronunciar palabra. Los pequeños mostraron tal convencimiento en su relato que no hubo forma de quebrantar su fe en lo que habían visto. Aunque todos los presentes vieron la luz y pudieron perfectamente distinguir los árboles y las plantas que caían dentro del círculo iluminado, sólo los niños percibieron la aparición angélica.

El siguiente es el relato de la señora Jovita Zapien, quien oyó la voz de su ángel de la guarda por primera vez siendo niña, y lo vio sólo una vez, ya de mayor: «Mi primera experiencia con





ángeles tuvo lugar hace ya mucho tiempo. Tenía entonces siete años y era la tercera de siete hermanos. Vivíamos en una casa bastante grande que incluía una especie de almacén donde se amontonaban diversas máquinas procedentes de un antiguo taller de impresión. Generalmente nosotros nunca entrábamos allí pero un día en que mi madre había salido a visitar a mi abuela dejándonos solos y encerrados con llave en la casa, a una de mis hermanas se le ocurrió atar una hamaca al tirador de la puerta y por el otro extremo a un hierro que sobresalía de una de aquellas máquinas. Así construyó una especie de columpio. Comprobó que era seguro columpiándose un momento, y luego seguimos los demás. Como mis hermanos pequeños lloraban, decidí cederles mi turno y columpiarme yo la última. Cuando finalmente me llegó la vez y comencé a columpiarme, ocurrió algo inesperado. Al parecer aquella máquina estaba en un equilibrio muy precario, pues el caso es que se cayó, y yo quedé atrapada debajo. Uno de los hierros me había atravesado



el muslo y la sangre manaba a borbotones. Perdí la visión y no sentía ningún dolor, sólo un calor muy intenso y una sensación de flojedad y abandono. Oía gritar a mis hermanas mayores y llorar a los pequeños, pero nada me importaba, me sentía como ausente, indiferente a todo aquello. De pronto oí una voz que con toda claridad me ordenaba moverme y mantenerme

despierta. Obedecí y mientras mis hermanas levantaban de algún modo aquella pesada máquina, los más pequeños tiraron de mí para sacarme. Arrastrándome, me llevaron hasta la cama y allí permanecí hasta que llegó mi madre. La herida del muslo tardó un tiempo en curar pero finalmente mi facultad motriz no quedó afectada en absoluto, pues incluso llegué a ganar premios en atletismo. Nadie comprendió nunca cómo unas niñas pudieron levantar aquella máquina, cuyo peso era de más de dos toneladas, para sacarme de debajo. Cuando muchos años después se llevaron la máquina en cuestión, vi que entre muchos hombres apenas la podían mover, y fue necesaria una grúa. Así, en aquella ocasión no vi al ángel pero sí oí claramente su voz y, sobre todo, fui consciente de su tremenda ayuda.

»Posteriormente he vuelto a oír su voz, siempre en momentos muy delicados y críticos de mi vida, y tan sólo una

vez lo vi. Fue en el mes de diciembre de 1987. Hacía ya cinco meses que había perdido a una hija de un mes. Murió repentinamente, en su cuna. El hecho me afectó tanto que ni siquiera las diferentes terapias que había seguido lograron devolverme el gusto por la vida. Volví al trabajo y a mi vida anterior pero nada tenía ya sentido para mí. Me pasaba las horas llorando. Continuamente me preguntaba qué había hecho yo para merecer aquello. Tenía los nervios destrozados y padecía insomnio. Me solía despertar a las dos o tres de la mañana sin poder conciliar de nuevo el sueño, atormentándome a mí misma con las preguntas de siempre. Una de aquellas noches lo vi. Apareció en la ventana, por fuera –no había cortina– tenía el aspecto de un hombre de unos treinta años, con pelo largo, barba, el rostro ovalado y una mirada dulcísima. En cuanto lo miré sentí cómo toda mi desgracia y mi amargura se diluían, dejando paso a una inmensa sensación de tranquilidad y bienestar. Desde fuera y a través del cristal me habló, me dijo

que no era necesario que sufriera más, que ya estaba bien de angustia y de dolor, y que muy pronto todo cambiaría para mí y sería feliz de nuevo. La diferencia de temperatura había empañado el vidrio; no obstante, lo percibí con toda claridad, pues acercó mucho su rostro al cristal. Tras unos segundos desapareció. Una paz y una



felicidad inexplicables me invadieron. De pronto pensé que aquello no podía ser, que todo era producto de mi imaginación y que seguramente me estaba volviendo loca. Salí y examiné atentamente la ventana desde fuera. La escarcha empañaba el cristal, pero todavía en el centro se apreciaba la silueta donde un momento antes había estado aquel ser. Toqué el vidrio en aquel lugar y lo hallé inexplicablemente tibio, mientras que en los bordes de la ventana seguía congelado. No cabía duda, alguien había estado allí, alguien que con su mirada y unas breves palabras infundió un nuevo rumbo a mi vida. Efectivamente, desde entonces mi situación cambió. El insomnio y la depresión desaparecieron y otra vez se encauzó mi vida».





Otros Ángeles

Independientemente de la clasificación del Pseudo-Dionisio y de los ángeles de la guarda, existe toda una legión de ángeles destinados a labores más concretas, unas relacionadas con los seres humanos y otras no.

En la experiencia relatada por Gitta Mallasz en su libro *La respuesta del ángel*, son cuatro ángeles los que hablan, diferenciándose y denominándose a sí mismos precisamente por la labor que cada uno de ellos cumple: el que construye, el que irradia, el que mide y el que ayuda.

El evangelio apócrifo de Juan hallado en Nag Hammadi, Egipto, cita por sus respectivos nombres a una serie de más de cien ángeles, que fueron quienes ayudaron a Dios a formar el cuerpo del primer hombre, trabajando cada uno de ellos con una parte concreta de la estructura física de Adán. Sobre dicha legión de ángeles constructores, está la autoridad de otros siete mayores: Miguel, Uriel, Asmenedas, Safasatoel, Armuriam, Richram y Amiorps. En total –según dicho evangelio apócrifo

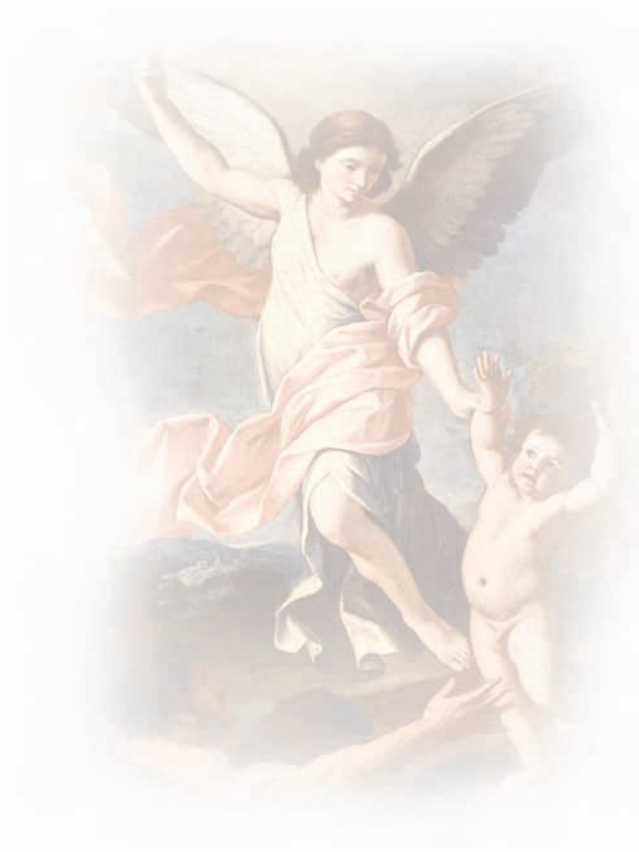
de Juan—, fueron 365 los ángeles que colaboraron con Dios, hasta dejar terminados tanto el cuerpo material de Adán como su cuerpo psíquico.

Todo parece indicar que los ángeles son tan numerosos que existen especialistas en prácticamente cada labor o circunstancia humana que se nos ocurra. Éstos son algunos de ellos:

- Ángeles sanadores del cuerpo.
- Ángeles que dispensan la alegría.
- Ángeles especialistas en asuntos financieros.
- Ángeles reconciliadores.
- Ángeles que eliminan los obstáculos.
- Ángeles que traen y llevan mensajes.
- Ángeles protectores (que actúan uniendo sus fuerzas a las del ángel guardián).
- Ángeles que amplían la comprensión.
- Ángeles que curan las heridas del alma.
- Ángeles que alivian el dolor.
- Ángeles que ayudan en los estudios.
- Ángeles que dan belleza (y embellecen la vida).
- Ángeles que disipan los rencores.
- Ángeles que favorecen la amistad.
- Ángeles que difunden el amor.
- Ángeles que impulsan la justicia (la de Dios, que es amor, no la de los hombres).
- Ángeles que nos asisten en el momento de la muerte.
- Ángeles que dan luz.
- Ángeles constructores.
- Ángeles de la creatividad artística.
- Ángeles que transmiten y «siembran» nuevas ideas científicas.

- Ángeles que ayudan a encontrar objetos extraviados.
- Ángeles de la lluvia.
- Ángeles del sueño.
- Ángeles que favorecen la paz espiritual.

A cualquiera de ellos podemos recurrir en cualquier momento solicitando su colaboración, ya sea directamente o a través de nuestro ángel de la guarda.







Otros Seres espirituales

Los espíritus de la naturaleza o devas

Aunque el significado real de la palabra *deva* es «Ser de Luz», con lo cual todos los ángeles serían *devas*, este término hindú suele ser usado casi exclusivamente para designar a los espíritus de la naturaleza. Estos seres espirituales cumplen con los animales, las plantas y la naturaleza en general las mismas funciones que los ángeles desarrollan con los seres humanos.

Se ocupan de mantener y perfeccionar los patrones arquetípicos de todas y cada una de las especies que pueblan la geología, la fauna y la flora de nuestro planeta. Ellos supervisan y velan porque tanto sus funciones como su evolución transcurran de acuerdo con el plan divino. Son los elfos, las hadas, los gnomos, los espíritus de los bosques, los genios, las ninfas y los faunos. Muchos niños y también adultos dotados

de una especial sensibilidad han «visto» a estos seres. Otros más afortunados han llegado a comunicarse con ellos. Los testimonios son abundantes, y entre todos ellos destacan los recogidos en Findhorn, comunidad espiritual situada en el norte de Escocia, donde se ha llevado a cabo la más extraordinaria asociación ocurrida en tiempos modernos entre seres humanos y entidades dévicas. Los resultados siguen estando a la vista, y han sido debida y ampliamente documentados. Quien se dedique a la jardinería, y tenga algún interés en el aspecto espiritual de las plantas y de la naturaleza en general, deberá aprovecharse de la maravillosa experiencia de Findhorn. Existen varios libros que relatan con detalle esta interrelación entre seres humanos y espíritus de la naturaleza que se dio y se sigue dando en ese lugar, incluso con conversaciones directas entre unos y otros.

Espíritus guías y espíritus protectores

Los espíritus guías no son ángeles y los ángeles son diferentes a los espíritus guías. Generalmente estos últimos han tenido forma física con anterioridad, mientras que los ángeles nunca han estado encarnados en este planeta. Sin embargo, son percibidos por algunas personas de un modo muy similar. Aunque ambos tipos de seres espirituales están dedicados a guiarnos y protegernos, los espíritus guías se ocupan más de los asuntos cotidianos, en tanto que la actividad de los ángeles suele estar enfocada hacia nuestra elevación espiritual, a ayudarnos a alcanzar reinos más elevados, reinos cuyos valores son totalmente diferentes a los que rigen en este mundo físico.

Esto no quiere decir que los ángeles se desentiendan de los numerosos problemas que debemos afrontar en la vida diaria, pues su protección abarca también el nivel mundano, pero su

ayuda para resolver estos problemas siempre tendrá un componente de superación espiritual, siempre hará que dicho problema sea una oportunidad para mejorarnos, para crecer a un nivel esencial, pues ésta es su principal tarea: acercarnos más a Dios.

Debemos tener en cuenta que el mundo invisible está poblado por seres muy numerosos y diferentes, que también presentan grados muy diversos de evolución espiritual. Algunos chamanes se sirven de espíritus protectores, los cuales tampoco tienen absolutamente nada que ver con los ángeles. En muchos casos estos espíritus protectores más bien parecen feroces animales incorpóreos, cuya única misión es proteger al ser humano a quienes sirven. El doctor J. Grinberg Zilberbaum cita el caso de don Panchito y doña Sara, chamanes del Yucatán cuyos espíritus protectores llegaron a dañar seriamente e incluso a causar la muerte a quienes habían perjudicado a sus «dueños». Eran espíritus protectores muy eficientes, pero por supuesto, no tenían nada de ángeles.







Los Ángeles están de moda

Aunque parezca una afirmación excesivamente frívola, se trata de un hecho indiscutible. Tanto en Nueva York como en las grandes ciudades europeas, se inauguran casi cada semana exposiciones artísticas en las que ellos son el tema central. Los libros editados sobre ángeles en los últimos años han llegado a ser numerosísimos y los artículos en revistas algo cotidiano. Entre los más extraordinarios encuentros ocurridos entre ángeles y seres humanos durante el siglo xx, está sin duda el experimentado por cuatro jóvenes artistas húngaros, quienes durante dieciocho meses, en plena Segunda Guerra Mundial, mantuvieron semanalmente una conversación con varios ángeles. Estas charlas fueron recogidas y publicadas por la única superviviente del grupo, Gitta Mallasz, en su emotivo y extraordinario libro *La respuesta del ángel*. Entre las revistas destaca *The Angel Watch*, dedicada exclusivamente a publicar relatos de experiencias con ángeles. Tanto el presidente Clinton como su esposa Hilary suelen llevar sendos ángeles de

oro en las solapas, lo cual ha ocasionado que millones de norteamericanos los imiten automáticamente. Sólo en California existen dieciocho empresas dedicadas exclusivamente a comercializar productos sobre ángeles. Esta moda ha ido creciendo hasta tal punto que el ángel fue la figura de la portada de la revista *Time*, que suele sacar en su cubierta de fin de año al personaje que más proyección futura va a tener. Generalmente se



trata de personas, pero no siempre es así. El artículo sobre ángeles en *Time* ocupaba ocho páginas. En la misma semana, *Newsweek* publicó uno de siete páginas titulado «Los ángeles están entre nosotros». Los anuncios de cursos para aprender a visualizar al ángel de la guarda y para comunicarse con él llenan las revistas de la *Nueva Era*. El prestigioso director de cine alemán Win Wenders ha producido dos buenas películas sobre ángeles: *Las alas del deseo* y *Tan lejos pero tan cerca*. Las series de televisión sobre el tema están a la orden del día, destacando sin duda entre ellas *Autopista hacia el cielo*, producida

y protagonizada por el malogrado e inolvidable Michael Landon, quien en más de una ocasión confesó que la idea de esta serie le llegó como consecuencia de una experiencia personal.

Para muchos se trata de una moda más, provocada y fomentada por quienes comercialmente se benefician de ella. Para otros es un indicativo de la ansiedad espiritual que acosa al hombre de hoy. ¿Debemos considerar a los ángeles como totalmente ajenos a todo este revuelo? Sin duda, no. Parece que la relación de los ángeles –o al menos de ciertos ángeles– con nuestro mundo está siendo reorganizada en estos últimos tiempos. Determinados cambios que ya se están produciendo en la conciencia colectiva permiten que ahora nosotros y ellos estemos un poco más cerca, al menos desde el punto de vista de nuestra apreciación, de nuestra intuición y de nuestra conciencia.

Para mí está claro que son ellos quienes han decidido saltar a las páginas de las revistas y a las pantallas del cine y la televisión, quizás como una manera de hacernos más conscientes de los planos superiores de la existencia y también de su presencia en nuestras vidas.







La Iglesia y los Ángeles

Pese a que tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento están literalmente llenos de presencias y actuaciones angélicas, la existencia de los ángeles no constituye dogma de fe en la religión cristiana, ni siquiera en la confesión católica, aunque sí ocupan un papel importante en su liturgia. El credo no los menciona y no faltan jerarcas de la Iglesia que han mostrado sobre ellos posturas displicentes rayanas en el escepticismo. Sin embargo, el papa Juan XXIII –denominado precisamente *pastor angélico* en la famosa profecía de san Malaquías sobre los papas– manifestó en más de una ocasión que los ángeles le ayudaron en sus difíciles labores diplomáticas, exhortando siempre a los oyentes de sus charlas radiofónicas a que no abandonaran la devoción del ángel de la guarda. Juan XXIII hablaba con frecuencia sobre su ángel guardián, llegando a afirmar que fue él quien le sugirió la idea de convocar el Concilio Vaticano II. Tal vez como consecuencia de este impulso dado a la devoción angélica por Juan XXIII, su sucesor,

Pablo VI, promulgó la encíclica *Opus Sanctorum Angelorum*, documento que trata de potenciar la creencia en los ángeles y de posibilitar así la colaboración entre ángeles y hombres para la mayor gloria de Dios.

Ante el furor despertado en la actualidad por los ángeles, dentro de la llamada Nueva Era, mi impresión es que la jerarquía eclesiástica se está manteniendo a la expectativa. ¿Se trata en realidad de una moda pasajera o de un signo más de que los tiempos se están acelerando y de que debemos tomar de una vez conciencia del mundo espiritual, de la trascendencia de nuestras vidas y de la importancia de vivirlas plena y conscientemente a fin de lograr extraer de nuestro paso por este mundo la enseñanza esencial que Dios nos tiene destinada? Sin duda los ángeles nos pueden ayudar en esto. ¡Pídeles su ayuda!



Pidiendo ayuda a los Ángeles

*Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá,
porque todo el que pide recibe, el que busca halla y al que llama se le abre.
¿Quién de vosotros, cuando su hijo le pide pan, le daría una piedra?*

Mateo 7, 7-9

Los ángeles pueden cambiar tu vida. Y todo lo que tienes que hacer es pedirles que te ayuden. Tan sólo eso.

Vamos a contemplar alquímicamente esta decisión, analizando sus cuatro condiciones necesarias: querer, poder, saber y atreverse.

Querer

Doy por supuesto que quieres entablar esta comunicación y que desees realmente pedir ayuda a los planos superiores de la existencia. El querer es el motor de todo; si el motor falla o ni siquiera existe, no habrá posibilidad de llegar a la meta, ni de



obtener el mínimo resultado, por mucho que esa meta y esos resultados tan deseados estén esperándonos tras el primer recodo del camino.

Poder

Todos podemos y todos pueden. Ni siquiera el hecho de no creer en la existencia de los ángeles es un impedimento para recurrir a ellos y para beneficiarnos de su ayuda. Es cierto que el poder de la fe es enorme y que «mueve montañas», pero en este caso su papel – aunque por supuesto ayuda a establecer la comunicación – no es primordial. No estamos tratando aquí de ningún tipo de «autoprogramación», «autohipnotismo» ni siquiera «autoayuda», sino de pedir –y obtener– el auxilio de unos seres tan reales como nosotros, aunque nuestros sentidos no sean capaces de percibirlos.

Saber

En realidad no existe protocolo ni normas establecidas. Cualquier llamada, cualquier intento de dirigirnos a ellos que sea sincero y proceda del corazón les llegará, será escuchado y atendido. Sin embargo, para evitar interferencias, es bueno tener presentes las siguientes recomendaciones, que no son más que leyes universales, aplicadas a este caso particular:

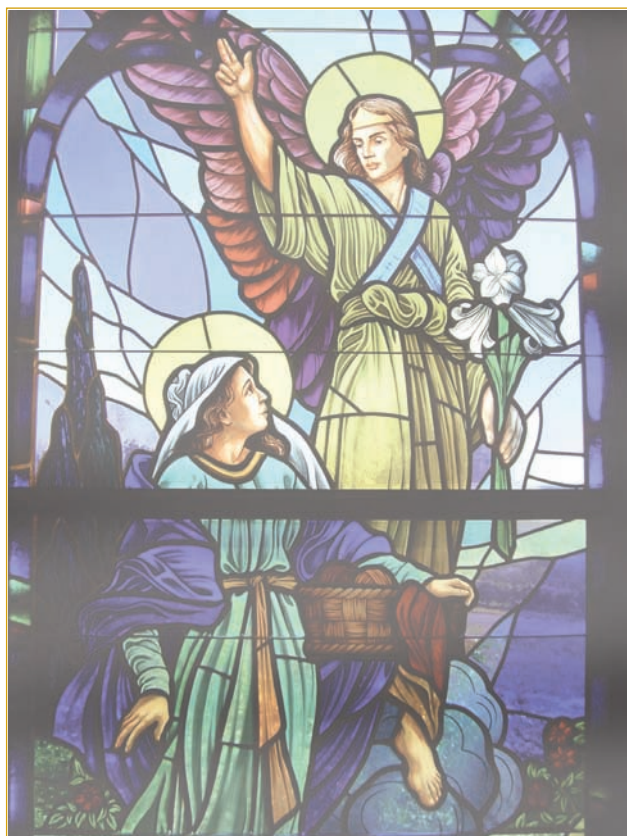
1. Evitar las prisas y la precipitación. Aunque me consta que las llamadas urgentes y desesperadas son puntual y atentamente atendidas, el contacto con nuestro ángel de la guarda –o con cualquier otro– se realiza mejor en una atmósfera de calma y tranquilidad, tanto interior como exterior.
2. Tener siempre muy presente el inmenso poder creativo de la palabra. La charla inconsistente y ociosa encierra

siempre un peligro, y ese peligro se multiplica por mil cuando los términos que usamos tienen una carga trascendente o divina. La prohibición judía de pronunciar el nombre de Dios no carecía de motivo. Incluso en nuestros días, en los países de habla francesa la expresión «¡nom de Dieu!», que a nosotros nos puede parecer de lo más inocente, está considerada como una de las peores blasfemias que puedan pronunciarse. Y precisamente uno de los más frecuentes abusos de la palabra son las blasfemias y maldiciones. Es conveniente evitar la compañía de quienes acostumbran a polucionar el espacio con sus palabras, alejando la energía positiva que normalmente lo habita. Es importante abstenerse del empleo inconsciente de aquellos términos

que se refieren a lo más sagrado: Dios, Jesús, la Virgen y todas las combinaciones de letras que nos conectan de un modo u otro con los planos superiores. El uso de estas palabras siempre causa un efecto y su utilización en momentos de cólera o de rencor es como lanzar una piedra hacia arriba, que muy probablemente caerá más tarde sobre nuestra propia cabeza. Todo irá mejor si dejamos las palabras importantes para los momentos importantes.



3. Tratar de utilizar siempre en nuestra petición el tiempo presente. En el mundo de los ángeles no hay pasado ni futuro; hace ya mil trescientos años escribía el sabio sufi Nasafi: «Los ángeles están en el mundo invisible; ellos mismos son el mundo invisible. En ese mundo no hay “ayer” ni “mañana”, ni “año pasado”, ni “año presente”, ni “año próximo”. Cien mil años pasados y cien mil años por venir están presentes indiferentemente, ya que el mundo de lo invisible no es el mundo de los contrarios; el antagonismo es producto solamente



del mundo visible. El tiempo y la dimensión temporal no existen más que para nosotros, hijos de las esferas y de las estrellas, habitantes del mundo visible. En el mundo invisible, no hay tiempo ni dimensión temporal. Todo lo que existió existe y va a existir, está siempre presente».

Por ello debemos esforzarnos en evitar el uso del pasado y del futuro, pues podría ser que de otro modo al ángel al que dirigimos nuestra petición le fuera más difícil captarla. Recordemos que él sólo conoce el ahora.

4. Es necesario expresarse siempre de una manera positiva. No debemos pedir: «Que no pierda mi puesto de trabajo», o «que no se muera mi marido», sino sencilla y llanamente lo que en realidad deseamos: mantener nuestro trabajo o que nuestro marido disfrute de salud y el amor reine en nuestro matrimonio. Al utilizar frases negativas, aun sin ser conscientes de ello, estamos ya imaginando la pérdida, la derrota, y eso es lo que transmitimos a los planos más sutiles de la realidad y a los seres que allí recogerán nuestras súplicas; en consecuencia, es muy probable que eso sea lo que al final obtengamos.
5. Tratar de considerar el asunto como ya resuelto, e incluso incluir en nuestra petición el agradecimiento por haberlo recibido. Es la forma más efectiva de eliminar las dudas, que de otro modo serán también transmitidas, obstaculizando todo el proceso. Se trata de evitar por todos los medios que mientras nos afanamos en componer la petición de la mejor manera, nuestra mente esté en realidad transmitiendo: «Quiero esto, pero no tengo mucha confianza en que esta petición

sirva para algo». ¿A cuál de ambas ideas deberán entonces responder?

6. Ser muy cuidadosos, pues recibiremos exactamente aquello que estamos pidiendo, con toda una serie de implicaciones –inherentes al hecho o al objeto pedido– que tal vez ahora ni siquiera alcanzamos a imaginar. El símil de la moneda es válido en todas las circunstancias y situaciones de la vida: no es posible quedarse con sólo una cara. El que la quiera tendrá por fuerza que llevarse ambos lados de la moneda.
7. Ser claros y concisos, y tratar de evitar las incongruencias. A los ángeles les disgustan las tonterías. No debemos caer en el absurdo de la clásica oración jocosa: «Señor, dame paciencia, ¡pero la quiero ya!», ni del que pedía que su esposa le fuera fiel, para poder él atender tranquilamente a sus diversas amantes, o del ladrón profesional que oía misa y comulgaba cada día antes de iniciar su jornada «laboral».
8. Finalmente, es importante dar las gracias. Esto cierra y concluye el ciclo. La acción de gracias consolida lo obtenido y nos confiere título de propiedad sobre ello. Omitirla es como dejar abierto un circuito, por el que puede escaparse la energía con efectos indeseados.

Atrévase

El paso más decisivo es atreverse a abordar un tipo de comunicación y de relación totalmente diferente. Decía Anthony de Mello: «¿Qué hace falta para despertar? No es necesario ni esfuerzo, ni juventud, ni mucho discurrir. Sólo se necesita una cosa: la capacidad de pensar algo nuevo, de ver algo nuevo y de descubrir lo desconocido. La capacidad de movernos fuera de los esquemas que tenemos, de saltar sobre



ellos y de mirar con ojos nuevos a la realidad». Así, lo primero es atrevernos a pensar que, pese al hecho de que nuestros sentidos no los capten, existe la posibilidad de que los ángeles sean una realidad y de que una comunicación entre nosotros y ellos sea perfectamente factible. Quienes ya poseen esta creencia tendrán ahora que liberarse de creer que se trata de algo propio de su religión. No es así. Estamos hablando de una realidad que supera y trasciende a todas las religiones. Por ello es conveniente desprenderse de todo sentimiento de exclusividad religiosa. Debemos ya dejar de sentirnos privilegiados porque profesamos la «verdadera» religión. Todas las religiones son verdaderas



para sus seguidores y falsas para los demás. Las diversas religiones no son sino caminos diferentes que van ascendiendo una misma montaña, y que finalmente se encuentran todos en la cima. No son más que las muletas que una humanidad inmadura necesita para aprender a caminar por sí sola, como las dos líneas paralelas de que se sirven los niños cuando

aprenden a escribir. Cuando ya sabemos escribir perfectamente, ¿quién sigue utilizando dichas líneas? Toda creencia de que nuestra religión es la verdadera y las demás son falsas será sólo un obstáculo en el camino de nuestro progreso espiritual —de nuestra salvación—, un obstáculo que antes o después tendremos que eliminar. Quienes no crean que los ángeles existen y que están deseando ayudarnos deberán adoptar esta posibilidad como una hipótesis de trabajo y pensar que si la existencia de los ángeles es real, dicha realidad tendrá que ser mucho más fuerte que cualquier bloqueo originado por su incredulidad, y por ello, capaz de vencer fácilmente tal bloqueo y de manifestarse, si no de una manera sensible —dadas las limitaciones de nuestros sentidos—, sí con hechos, que a fin de cuentas es lo que nos interesa. Pese a que la conversación con los ángeles suele darse en la intimidad, uno de los mayores obstáculos que es necesario vencer suele ser el miedo al ridículo. El miedo al ridículo no es sino una de las

múltiples caras con que se presenta nuestro gran enemigo: la importancia personal. Según el sabio yaqui don Juan, al creernos importantes nos volvemos pesados y torpes. Para llegar a ser «hijo de la Luz» es indispensable ser ligero y fluido. La importancia personal nos separa de los demás, de nuestros hermanos los hombres, y ahora nos puede separar también de nuestros hermanos mayores: los ángeles. No dejemos, mientras estemos a tiempo, que crezca y se desarrolle esa mala yerba, pues cuanto más fuerte e imponente llegue a hacerse, mayores



tendrán que ser nuestros esfuerzos y más dolorosa será la lucha para aniquilarla. Y esa lucha tendrá que darse forzosamente antes o después. La importancia personal es como un lastre, que nos mantiene apegados a los niveles más groseros de la existencia, impidiéndonos el vuelo hacia planos más sutiles y exquisitos. Bajo esta luz, la parábola del rico, el camello y el ojo de la aguja adquiere una nueva significación. No se trata ya sólo de riquezas, sino de algo mucho más nuestro y de lo que nos cuesta mucho más trabajo desprendernos. Y por supuesto, no es privilegio de los ricos, sino que todos la solemos acoger con los brazos abiertos. Atrevámonos a iniciar una comunicación con los ángeles y a pedirles su ayuda, pero manteniendo la mente totalmente abierta, sin querer por fuerza encajonarlos en nuestras ideas preconcebidas.



La intuición

Para que nuestra comunicación con el reino angélico sea más fluida y efectiva, debemos conceder a esta facultad el lugar y la importancia que le corresponden. Son muchos todavía los que contraponen razón a intuición, considerando a la primera como el origen de las ciencias y de la verdad absoluta, y a la segunda como algo inexistente, inventado por los místicos, magos y charlatanes, con el fin de justificar sus mentiras en unos casos y de abusar de los demás en otros. El conocimiento racional es objetivo, lento y conceptual; es universal y se forma mediante juicios y razonamientos. El conocimiento intuitivo es subjetivo, privado, aconceptual e instantáneo. Ambos tipos de conocimiento no son opuestos ni excluyentes, sino que, al contrario, se complementan entre sí. Desde el momento en que efectuemos nuestra primera petición o iniciemos el primer contacto consciente con los seres angélicos, nuestra intuición se aguzará, y a través de ella recibiremos respuestas y avisos. Es importante que estemos alerta a fin de no dejar escapar tales comunicados. En el momento de iniciar un proyecto, una relación o un viaje, cuando sentimos algún tipo de desasosiego interno, o nos ocurre algún suceso o alguna coincidencia extraña que creemos pueda tener una carga premonitoria negativa, será muy prudente no precipitarnos, analizar bien el asunto que vamos a emprender y, si fuera posible, esperar a tener más datos antes de embarcarnos en dicha nueva empresa. A medida que nuestra intuición se vaya afinando y seamos capaces de recibir a través de ella con suficiente claridad los mensajes que desde planos superiores nos son enviados, podremos solicitar expresamente a los ángeles que nos guíen en determinados asuntos, permaneciendo muy atentos a sus indicaciones. Como toda facultad humana, la intuición es susceptible de ser



ejercitada y potenciada. Lo más adecuado es estar atentos a ella de una manera tranquila, sin obsesionarnos ni forzar las cosas, sin intentar tampoco ver indicios y presagios donde sólo hay sucesos normales y corrientes.

¿Qué se puede pedir a los ángeles?

En realidad no existe limitación alguna a lo que podemos pedirles ni hay nada malo en solicitar cualquier cosa que necesitemos, ya se trate de bienes de carácter material, mental o espiritual, con la confianza de que nos serán concedidos. «Todo lo que pidieréis en oración, creyendo, lo recibiréis» (Mateo 21-22), siempre que no existan impedimentos de un orden superior y siempre que su consecución sea positiva para nosotros y no perjudique a nadie. Podría pensarse que ellos ya deberían conocer

nuestras necesidades y dedicarse a atenderlas sin que tuviésemos que decírselo expresamente, pero el hecho es que así es como funciona el universo y al efectuar la petición estamos dando el primer paso que pone en marcha todo el mecanismo. Las peticiones de naturaleza económica suelen ser las más abundantes —lo que muestra claramente nuestras inclinaciones— y no creo que necesiten mayor explicación. Podemos también pedirles que se afinen nuestras facultades mentales, nuestra inteligencia, nuestra memoria y nuestra comprensión. Podemos solicitar su guía y su opinión sobre alguna decisión que debamos tomar y sobre la que tengamos ciertas dudas —en estos casos es absolutamente necesario estar atentos a nuestra facultad intuitiva, ya que su respuesta nos llegará posiblemente a través de ella, o quizás en sueños, pero siempre de forma inesperada—. Especial atención hay que dedicar a las coincidencias, pues muchas veces es así como ellos nos indican su parecer o la dirección más apropiada para nuestros pasos. Podemos igualmente solicitar su ayuda para que intercedan por nosotros ante otra persona cuyo comportamiento o actitud consideramos injusta o inapropiada. Podemos, en fin, pedir cualquier tipo de bienes para terceros, familiares, amigos o conocidos. Las peticiones de orden espiritual son atendidas con un cuidado especial por los



ángeles, y tal vez sea éste el campo que más dificultad entraña y en el que su ayuda sea más efectiva. En realidad sólo el individuo puede superarse a sí mismo, no es posible la ayuda exterior. Nuestras potencias perfectibles radican en el yo místico,



en lo incommunicable. Nadie de fuera nos puede ayudar en esto. Ahora bien, ¿están los ángeles fuera o dentro de nosotros? Al parecer están tanto fuera como dentro; no ocupan ningún lugar, son como pensamientos, participando de algún modo de nuestra naturaleza, y al mismo tiempo de la naturaleza de Dios —quien no guste de la palabra Dios puede sustituirla por Ser,

Esencia, Divinidad, Ser Supremo, Madre Naturaleza, etc.—. En realidad los seres humanos somos simples manifestaciones del Creador, como lo son los árboles, las flores y los ríos. Somos parte de Él, pero desgraciadamente no tenemos conciencia de ello, y parece que nuestro largo peregrinar por los mundos físico y espiritual tiene una finalidad única: hacernos recobrar esa perdida conciencia de que somos hijos de Dios, de que somos Dios. Los ángeles también son Dios, pero evidentemente están menos desconectados que nosotros. ¿Quién mejor que ellos para indicarnos el camino correcto y el método adecuado para lograr de nuevo esa conexión? Y si toda la relación angélica tiene que ver con la intuición, la importancia de esta facultad es primordial cuando se trata de nuestro progreso interno, de la evolución espiritual del individuo. Digo individuo porque esta evolución no suele tener nada que ver con el grupo y menos con la multitud. Es en la interioridad del hombre donde se dan los anhelos de perfección, no en las tertulias ni en las reuniones sociales.

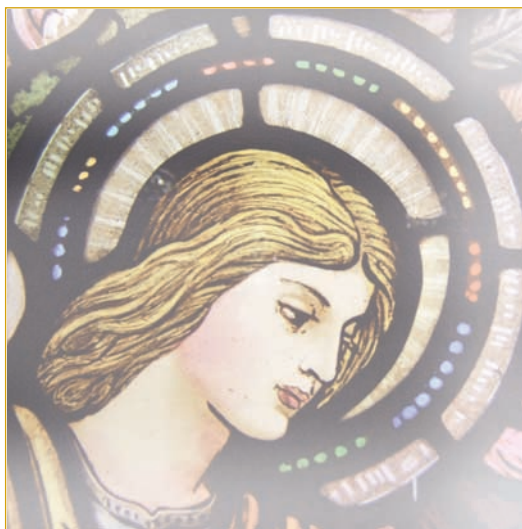
Así, no existe límite alguno para lo que podemos pedir, si bien únicamente se nos concederá en tanto no perjudique ni dañe a ninguno de los implicados. En ocasiones, es posible que nuestra ceguera nos haga pedir algo que en realidad va en contra de nuestros propios intereses y que no es ni mucho menos lo más conveniente para nosotros. En estos casos tal vez los ángeles nos proporcionen un sustituto elegido por ellos, algo que, estando todo lo cerca posible del objeto de nuestra petición y siendo muy semejante a él, no resulte perjudicial para nosotros ni para nadie más. Cuando se dan estas circunstancias, recibiremos siempre alguna señal inequívoca, que nos permita identificar su respuesta y que nos haga ver lo incongruente de nuestra solicitud original.



¿Cómo realizar la petición?

Aunque cualquier petición sincera es oída por ellos, en mi caso particular la forma de comunicación que más eficaz me ha resultado es lo que Terry Taylor y otros autores llaman el «correo de los ángeles». Se trata ni más ni menos que de escribirles una carta relacionando de la manera más clara y concisa que podamos aquello que nos preocupa y para lo que deseamos hallar una solución, el aspecto de nuestra vida que quisiéramos mejorar o simplemente la circunstancia externa, el objeto o el hecho que deseamos obtener. Del mismo modo que la palabra

hablada tiene un poder propio, la palabra escrita también tiene una fuerza especial. Es importante la claridad. Parece que los ángeles gustan tanto de ella como del buen humor, y al mismo tiempo les disgustan las cosas embrolladas, tanto como las serias y falsamente importantes. Podemos seleccionar al ángel des-



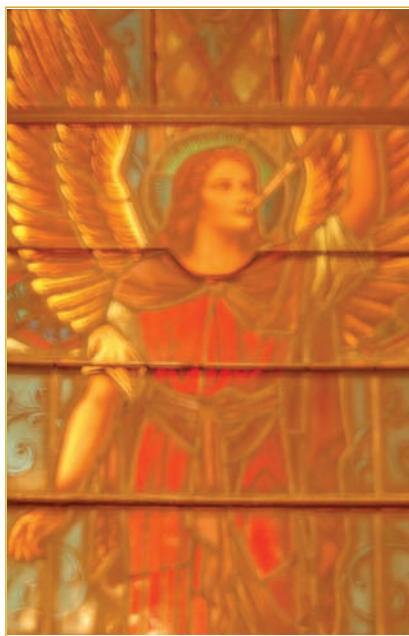
tinatario según sea el tema de nuestra petición, o podemos dirigir la carta a nuestro propio ángel de la guarda, encomendándole que se ponga en contacto con el ángel o grupo de ángeles especialistas en el tema del que trata nuestra misiva. Podemos, al mismo tiempo, informar mentalmente al arcángel que gobierne sobre dicho tema –por ejemplo, Rafael, si se trata de curación– pidiéndole su ayuda para que destine a cuantos

ángeles sean necesarios para solucionar la petición que hemos hecho.

Es conveniente buscar un lugar tranquilo y disponer de algún tiempo durante el cual, en principio, no vayas a ser molestado.

Al igual que con la meditación, puedes encender una vela —a los ángeles les gustan las velas— y tal vez incienso si sientes que eso puede ayudar a tu concentración.

Permanecerás durante unos instantes consciente de tu respiración, sin forzarla, dejando que fluya a tu ritmo natural.



Seguidamente, centrarás toda tu atención en tu ángel de la guarda, al igual que harías si fueras a escribirle a un amigo. Sentirás cómo la energía de tu ángel te envuelve y te inunda.

Tras fechar la carta y poner: «Querido ángel», las palabras deberán fluir por sí mismas. Podrás expresar cuanto desees y pedir su ayuda para todos los asuntos que lo necesiten. Una vez hayas expuesto todas tus peticiones, dale

las gracias por anticipado, y firma.

A continuación, es conveniente meter la carta en un sobre y cerrarlo definitivamente.

Si tienes un altar para la meditación, un cofre donde guardes tus objetos más valiosos o algún sitio especial tuyo, puedes

depositar allí tu carta. Algunas personas lo hacen dentro de una Biblia, o de un libro con un elevado contenido espiritual. Otros la guardan en la almohada, la entierran al pie de un árbol o bien la queman, visualizando que el humo al elevarse lleva el mensaje a su destinatario. Puedes elegir el método que desees. En caso de duda, pregúntale a tu ángel.

Al igual que a nuestro ángel de la guarda, podemos escribir a cualquier otro ángel, invitándolo a que venga a nuestra vida o pidiéndole su ayuda para un caso determinado.

En los casos de problemas con otras personas que parezcan de difícil solución, podemos igualmente escribir a sus ángeles de la guarda, explicándoles las cosas que no podemos decir personalmente a sus protegidos y solicitándoles su ayuda para la resolución del conflicto. Es imprescindible decir siempre la verdad, expresando abiertamente nuestros sentimientos, nuestros miedos y nuestras culpas. Desde el mismo momento en que escribamos esta carta, las dificultades empezarán a desmoronarse.

Es importante incluir en alguna parte del texto la frase «para el mayor bien de todos los implicados» y, finalmente, debemos darles las gracias y reconocer debidamente su ayuda. Decía Juan XXIII en una alocución dada en el año 1961: «Nuestro deseo es que aumente la devoción al Ángel Custodio. Cada uno tiene el suyo y cada uno puede conversar con los ángeles de sus semejantes». Una vez hayamos iniciado el contacto angélico, se suele producir un fenómeno curioso: vemos ángeles por todos lados, en los escaparates de las tiendas, en las páginas de los periódicos, en las exposiciones, en las letras de las canciones, en las películas cinematográficas y en las formas de las nubes que el viento mueve sobre nuestras cabezas. Es como si los sentidos se hubieran hecho repentinamente mucho más sensibles a su presencia. También se multiplican las

coincidencias, conoceremos a personas cuyo nombre sea Ángel o el de un arcángel, que se interesen por los ángeles, o que vivan en la calle o en el barrio del Ángel, por poner un ejemplo. Nada impide que escribamos más de una carta, o que tratemos en una misma diferentes asuntos y efectuemos varias peticiones, con tal de que todo esté expuesto con la suficiente claridad. El número de ángeles es ilimitado y, del mismo modo, tampoco hay límite alguno a la cantidad de ángeles que pueden estar ocupados con nuestras peticiones. Otro fenómeno que suele



darse una vez iniciado este contacto hombre-ángel es la sensación de estar siempre acompañado. Una amiga a quien recientemente aconsejé que pidiera ayuda a los ángeles para sus abundantes problemas me contó que a los pocos días, cuando estaba en un ascensor, sintió claramente que había alguien detrás de ella, e incluso se movió ligeramente hacia delante para no pisar a dicha persona o chocar con ella. Al llegar a la planta de su destino y disponerse a salir, comprobó anonadada que sólo ella ocupaba el ascensor y por eso aparentemente había estado todo el tiempo sola. Según me dijo, en ningún momento sintió el más mínimo miedo, sino sólo la sensación de estar con alguien. Cuando finalmente vio que no era así, se sintió contenta y divertida.

Cuando se nos presente de repente una situación de riesgo o especialmente peligrosa, no hay que dudar en pedir su auxilio mentalmente, con toda la intensidad que seamos capaces. Es



en tales momentos cuando su ayuda suele ser más efectiva y espectacular, pues si hay algo que realmente gusta a los ángeles es poder eliminar la angustia, la congoja y las preocupaciones que atenazan a los humanos.

La ayuda angélica en el campo laboral produce unos resultados sorprendentes y al mismo tiempo hace que nuestro trabajo deje de ser una carga, para convertirse en un placer. Simplemente hay que comenzar la jornada mandando un pensamiento a los ángeles especialistas en nuestra actividad, para que desde el plano invisible nos acompañen y nos ayuden. Además de este contacto inicial es conveniente pedirles mentalmente su apoyo cada vez que vayamos a abordar una labor delicada o difícil. Con el tiempo se llegan a establecer fuertes lazos de compañerismo, que no sólo alivian nuestra carga en este mundo, sino que –lo que es más importante– nos conectan con el otro. Podemos beneficiarnos de su ayuda cualquiera que sea nuestro trabajo, aunque ciertas profesiones parecen ser sus preferidas, como todas las que tienen que ver con la curación, los niños, la creación artística, la música, la difusión de la cultura, la asistencia social o la orientación psicológica.

Resumen

Vuelvo a insistir en la ausencia de normas. Los ángeles aman sobre todo la libertad, la espontaneidad y el humor, y cualquier petición excesivamente acartonada donde la forma predomine sobre el contenido carecerá de la fuerza necesaria para llegar hasta ellos. Eres tú exclusivamente quien debe decidir la manera en que vas a realizar la comunicación y toda imposición en este sentido resultará, además de absurda, inútil. Particularmente, el sistema de la carta me ha dado buenos

resultados, pero tal vez sea sólo porque para mí es más fácil escribir que hablar, y quizás otros prefieran métodos diferentes. Son ya muchos los libros existentes sobre cómo comunicarse con el ángel guardián, con el espíritu guía, el protector interior o como le queramos llamar. Todos pueden ser útiles y todos nos aportarán ideas, pero en ningún caso se tratará de una pauta que obligatoriamente debamos seguir al pie de la letra. Lo importante es que nos dirijamos a nuestro ángel —o ángeles— con sinceridad, confianza y respeto, y que expongamos nuestros deseos de una manera clara. La fórmula mejor compuesta y el ritual más detallado tomados de un libro nunca serán tan eficientes como cualquier oración original, quizás imperfecta, pero sin duda revestida con la fuerza de la autenticidad. Hay quienes opinan que la repetición es muy efectiva, y es posible que no les falte razón. Entonces será conveniente repetir mentalmente nuestra petición cada mañana y cada noche. Generalmente, se recomienda efectuar el primer contacto en estado alfa, después de una relajación profunda. A continuación, una simple llamada mental dirigida a él —o ellos— será suficiente, especialmente en los casos urgentes y angustiosos. No debemos olvidar que en el mundo espiritual los pensamientos son una fuerza y una realidad tangible. Así, el simple hecho de imaginarnos al ángel de la guarda —o a toda una serie de ángeles— a nuestro lado será suficiente para que automáticamente estén allí. Si reforzamos ese pensamiento con algún gesto físico —un simple movimiento o gesto—, tal vez lleguemos a sentir de algún modo su presencia sutil. Este tipo de prácticas es mejor efectuarlas cuando nos hallemos solos y en un lugar armónico, preferentemente en el campo. Es muy importante que recordemos incluir en algún lugar de nuestra petición la frase «para el mejor bien de todos los implicados». Una vez realizada la petición, deberemos estar atentos a los sucesos y

coincidencias extraños con ella relacionados, así como a nuestra intuición, pues no es raro que a través de dicha facultad nos llegue alguna comunicación del plano angélico. Finalmente, nunca debemos olvidar dar las gracias.







Cómo averiguar el nombre de tu Ángel

Según la Biblia, existen miríadas y miríadas de ángeles, pero como ya hemos visto sólo a tres se los llama en ella por su nombre: Gabriel, Miguel y Rafael. Los antiguos hebreos creían en una compleja jerarquía angélica, en la que todos y cada uno de sus componentes tenía un nombre propio, pues dentro del misticismo judío el nombre estaba revestido de una importancia capital.

Todas las órdenes místicas y esotéricas poseen un ritual de iniciación, en el que el novicio toma un nombre nuevo, que generalmente debe permanecer secreto. Es una representación de su nacimiento a la orden, y a través de ella, a una nueva vida. Ese nombre significa nuevos poderes, nuevos conocimientos y mayores logros espirituales.

Así, el hecho de nombrar a alguien o algo parece tener un importante significado. La invocación de los ángeles de la antigüedad judía –luego adoptados por el mundo de la magia– debía hacerse pronunciando su nombre, en ciertos momentos y en determinadas condiciones.

Del mismo modo, el hecho de descubrir el nombre de nuestro ángel de la guarda puede también ser considerado como una especie de iniciación, como la recepción de una clave que nos dará acceso a nuevos niveles de conciencia. Este descubrimiento constituye tal vez el punto crucial de la relación con nuestro ángel guardián. Teniendo en cuenta que la inmensa mayoría de los humanos no somos capaces de percibir a los ángeles de un modo sensible, cualquier comunicación que de un modo inequívoco venga de ellos adquiere una importancia vital. Y entre esas comunicaciones, una de las primeras y principales es la recepción del nombre de nuestro ángel de la guarda. Desde ese momento, dicho nombre nos permitirá contactar permanentemente con él, haciendo que la comunicación sea mucho más fácil, ya que nuestra fe y nuestra seguridad habrán aumentado considerablemente.

Se han dado diferentes métodos para averiguar el nombre de nuestro ángel de la guarda, pero basándome tanto en mi propia experiencia como en la de numerosas personas que he consultado, una vez más parece que lo más simple es lo más efectivo.

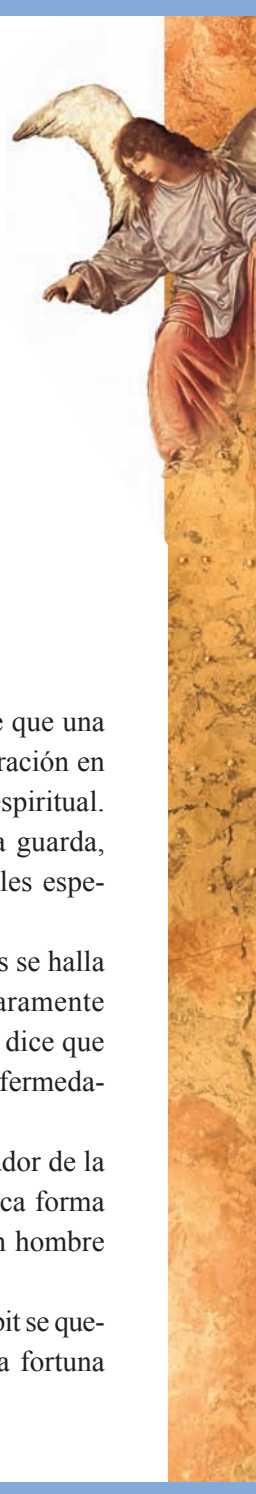
Mi consejo es que cada noche, antes de dormir, establezcas contacto mental con tu ángel, pidiéndole su ayuda durante el sueño, para los asuntos que en ese momento te preocupen, cualquiera que sea su índole. También durante el día, deberías en alguna ocasión apartar tu mente del trabajo o de lo que en ese momento te ocupe, para mandarle aunque sólo sea un simple saludo y, por supuesto, podrás pedirle su ayuda siempre, en cualquier momento y circunstancia.

Una noche, en esa especie de oración o comunicación mental, pídele que si lo cree conveniente te revele su nombre, para así poder dirigirte mejor a él y estrechar de ese modo la unión ya existente entre vosotros.

Lo usual es que bien en sueños, o por la mañana al despertar, el nombre de tu ángel se manifieste clara y visiblemente ante tu conciencia. No esperes un nombre bíblico ni forzosamente terminado en «el». Puede ser un nombre muy conocido o puede que jamás lo hayas oído en tu vida. Es posible que se trate de un nombre extranjero, o un diminutivo común. Puede ser algo que no parezca nombre en absoluto, pero automáticamente tú sabrás con toda seguridad que ése es su nombre y desde ese preciso momento tendrás ya una forma de invocarlo, de iniciar la comunicación con él. Dale las gracias y disponte a iniciar un nuevo, alegre y esperanzador día.







Los Ángeles y la curación

Si los ángeles están para ayudarnos, es evidente que una de sus tareas más importantes deberá ser la curación en todos sus niveles: físico, mental, emocional y espiritual. Cualquier ángel, y por supuesto nuestro ángel de la guarda, puede realizar tareas curativas, aunque existan ángeles especializados en estos menesteres.

Al frente de todos ellos y dirigiendo sus acciones se halla el arcángel Rafael. Su labor como sanador está claramente especificada en el apócrifo *Libro de Enoch*, donde se dice que Rafael ha sido colocado por Dios «sobre todas las enfermedades y heridas de la humanidad».

El *Libro de Tobías* confirma a Rafael como sanador de la especie humana. Este libro, que para la Iglesia católica forma parte del Antiguo Testamento, relata la historia de un hombre muy piadoso llamado Tobit y su hijo Tobías.

Agotado por el trabajo de enterrar a un cadáver, Tobit se quedó dormido una noche a la intemperie, con tan mala fortuna

que el excremento de un pájaro le cayó en los ojos y lo dejó ciego. Ocho años después, ya desesperado, lo hallamos rogando a Dios que le conceda la muerte. Al mismo tiempo, Sara, destinada a ser esposa de su hijo Tobías, estaba pidiendo lo mismo, pues un ser demoníaco le había hecho la vida imposible, matando a todo joven que intentaba casarse con ella. Pensando en su próxima muerte, Tobit mandó al joven Tobías a Media, para que recuperase un dinero que había dejado allí en depósito, y le encargó que buscara a alguien para que lo acompañara en el viaje. Dios oyó las oraciones de Tobit y de Sara, y mandó al arcángel Rafael, quien adoptó el aspecto de un joven israelita, y fue así contratado como acompañante y guía de Tobías por el sueldo de un dracma diario. Partieron los dos, con un perro que los acompañó, y al llegar al río Tigris acamparon. Tobías bajó a lavarse los pies y en ello estaba cuando un enorme pez saltó del agua intentando comerse al muchacho, quien



dio un grito, asustado. Rafael le ordenó tomar al pez, y Tobías así lo hizo, sacándolo finalmente a tierra. Siempre según las instrucciones de Rafael, Tobías abrió el pez y le extrajo el corazón, el hígado y la hiel, que fueron debidamente guardados. Parte del pez lo comieron asado y el resto, salvo las entrañas, que tiraron, lo conservaron en sal. Ya cerca de su destino, se hospedaron en casa de Ragüel, pariente de Tobías, donde éste conoció a su prima Sara y decidió casarse con ella, ignorando que siete hombres habían muerto a manos de un demonio por intentar lo mismo. Advertido por Ragüel de lo ocurrido ya en siete ocasiones y siempre siguiendo las instrucciones de Rafael, Tobías puso sobre el brasero de los perfumes de la recámara nupcial el hígado y el corazón del pez. Al percibir aquel olor, el demonio que se había encaprichado de Sara salió huyendo, lo que aprovechó Rafael para atraparlo y confinarlo ya para siempre en un lugar apropiado para él. Casado, con el dinero de su progenitor y una generosa dote entregada por Ragüel, Tobías regresó a casa de su padre. Al llegar, Rafael le indicó cómo debería usar la hiel del pez para curar la ceguera de Tobit. Tobías y Tobit decidieron finalmente recompensar a Rafael por sus extraordinarios servicios, y entonces éste les reveló su identidad, desapareciendo seguidamente de su vista.

Ya en nuestros días, son muy numerosos los sanadores conscientes de la presencia y de la ayuda angélica en sus labores curativas, y muchos, entre ellos Iván Ramón, de la ciudad de México, atribuyen todo el crédito de sus curaciones a sus «hermanos mayores». En el siguiente capítulo cito el caso relatado por Joy Snell, en el que una misteriosa enfermera curaba milagrosamente a los enfermos más graves. Los sucesos parecidos a éste son muy abundantes.

Transcribo seguidamente lo que me relató Eugene Niklaus, de Acambay, Texas, tan sólo tres semanas después de que le ocurriera:

Eran como las siete de la tarde. Estaba recién operado del páncreas y mi situación era francamente muy delicada. En aquel preciso momento me hallaba solo, en la habitación del hospital, muy débil y con dolores casi insoportables. De pronto me invadió una tranquilidad muy grande y todas las molestias desaparecieron; luego oí que me hablaban, aunque sin llegar a entender el sentido de aquellas palabras. Entonces, de repente vi una figura humana a los pies de la cama; era un joven de unos quince años. Aunque su cuerpo lo percibí con menos claridad que el rostro, noté que estaba vestido de blanco. Lo pude contemplar durante unos veinte segundos y luego desapareció. Me quedé con una imponente sensación de tranquilidad y bienestar inexplicable que permaneció hasta el día siguiente. El médico a quien relaté lo ocurrido lo consideró una alucinación causada por la fiebre y lo mismo opinaron mis familiares, pero yo sé que aquello fue algo muy real y creo que no lo olvidaré mientras viva. Mi salud mejoró rápidamente a partir de aquel día y en la actualidad estoy totalmente restablecido.

En la revista *The Angel Watch* se publicó el impresionante caso de un joven veterano de Vietnam que fue curado de su adicción a las drogas por un ángel que se le apareció en el funeral de su tía, en pleno cementerio.

Aunque la autenticidad del siguiente relato –perteneciente al libro del obispo Leadbeater, *Protectores invisibles*– es más que dudosa, no he podido evitar la tentación de incluirlo aquí,

pues además de su belleza, tiene la originalidad de estar relatado en primera persona, es decir, el propio ángel –protector invisible para Leadbeater– es quien lo cuenta:

Buscábamos nueva labor cuando de pronto exclamó Cirilo: «¿qué es eso?». Habíamos oído un terrible grito de dolor y angustia. En un instante nos trasladamos al lugar de donde partió y vimos que un niño de once o doce años se había caído de una peña y estaba muy malherido, con una pierna y un brazo rotos, y una enorme herida en el muslo, por la que salía sangre a borbotones. Cirilo exclamó: «Déjame que lo cure enseguida; de lo contrario se va a morir».

Dos cosas debíamos hacer con toda rapidez: cortar la hemorragia y procurar asistencia médica. Para ello era necesario que Cirilo o yo nos materializáramos, pues teníamos necesidad de manos físicas, no sólo para atar las vendas, sino también para que el infeliz muchacho viese a alguien junto a él en aquel difícil momento. Nos repartimos el trabajo. Cirilo se materializó instantáneamente y yo le sugerí la idea de que tomara el pañuelo que el niño llevaba al cuello y se lo atara fuertemente al muslo con dos vueltas. Así lo hizo y la hemorragia se contuvo. El herido estaba medio inconsciente y apenas podía balbucear algunas palabras, pero en su mutismo contemplaba al ser que se





inclinaba sobre él y al fin logró preguntarle: «¿Eres un ángel?». Cirilo sonrió levemente y le respondió: «No, soy un niño que ha venido en tu auxilio». Entonces dejé que lo consolase y fui en busca de la madre del niño, que vivía a una milla de distancia. Me costó bastante trabajo infundir en aquella mujer la idea de que había sucedido una desgracia. Por fin se decidió a dejar el utensilio de cocina que estaba limpiando y dijo en voz alta: «¡No sé qué me pasa pero siento que debo ir en busca del niño!». Una vez sobresaltada, la pude guiar sin gran dificultad hasta el lugar del accidente. Cuando ella puso el pie en la peña, se desmaterializó Cirilo, quien desde entonces pasó a formar parte de las más bellas tradiciones de la aldea.

Aquí vemos otra de las funciones realizadas con mucha frecuencia por los ángeles: la de llevar auxilio a quien desesperadamente lo necesita. El doctor S. W. Mitchell, de Filadelfia, fue despertado ya bien avanzada la noche por una niña no mayor de diez años, pobremente vestida y en un estado de gran ansiedad. Tras una pequeña caminata por las calles nevadas y solitarias, llegaron finalmente ante la madre de la niña, gravemente enferma de neumonía. Tras ocuparse de la enferma, el doctor Mitchell la felicitó por tener una hija tan sensata y decidida, a lo cual la enferma le respondió, con una mirada extraña: «Mi hija murió hace un mes». Ante la perplejidad del médico, la enferma le hizo abrir el armario, en cuyo interior se veía el abrigo que llevaba la niña que lo había ido a buscar.

Hechos casi idénticos a éste son muy abundantes y figuran en todos los libros y publicaciones dedicados a los ángeles.

El padre Arnold Damien relata cómo una noche, ya muy tarde, oyó la campana del edificio en que se hospedaba, y seguidamente la voz del portero, quien explicaba a sus interlocutores

que era ya demasiado tarde y que mandaría un sacerdote a primera hora de la mañana. Corría el año 1870 y el anciano reverendo Damien había reducido mucho su actividad, pasando a un estado de semijubilación; sin embargo, salió al zaguán y dijo a los dos muchachos que buscaban un sacerdote que iría con ellos. Tras seguirlos por las desoladas calles de Chicago, llegaron finalmente a uno de los más apartados lugares de la parroquia. Deteniéndose ante un desvencijado edificio, los chicos señalaron una empinada escalera, y le dijeron que arriba, en el ático, estaba su abuela. Después de subir por la estrecha escalera y empujar la puerta, el anciano sacerdote se halló ante una mujer de casi noventa años, a punto de morir. Tras recibir la



comunión y prepararse para el viaje que iba a emprender, la anciana le preguntó con un hilo de voz: «Padre, ¿cómo ha venido usted? Sólo unos pocos vecinos saben que estoy enferma y ninguno de ellos es católico». «Sus dos nietos me trajeron hasta aquí», respondió el sacerdote. «Sí, tuve dos nietos —siguió

diciendo la anciana—, pero ambos murieron hace ya muchos años».

¿Ángeles en forma humana o espíritus de los niños fallecidos? Es difícil para nosotros averiguarlo, pero el caso es que los relatos de este tipo son demasiado abundantes para poder ignorarlos en función de sus extrañas circunstancias.

Generalmente, la ayuda de los ángeles suele llegar sin intervención alguna de personajes extraños o milagrosos. Cualquiera que sea tu enfermedad, pide con fe su ayuda. Poco tiempo después conocerás a alguien que de un modo totalmente casual e inesperado te dará la información que necesitas, o te conducirá a donde te puedan curar. Todo lo que tienes que hacer es pedir sinceramente su ayuda y estar atento a lo que vaya ocurriendo. En mi caso conocí a una persona que —¡oh casualidad!, se dedica a pintar ángeles— me presentó a otra que literalmente me llevó a donde me liberarían del cáncer que amenazaba mi vida. Allí me fue dado ver cómo se curaban enfermos de sida y otras enfermedades consideradas incurables por la medicina oficial.

Una vez más: los ángeles están esperando ayudarnos. Todo lo que tenemos que hacer es pedirselo.





Los Ángeles en el momento de la muerte

Durante toda nuestra vida los ángeles nos acompañan ayudándonos y cuando finalmente nos llega el momento de la muerte, siguen estando a nuestro lado, asistiéndonos y dándonos fuerzas en ese paso de una dimensión a otra.

La presencia de los ángeles y de los –ya difuntos– familiares y amigos del que va a morir junto a su lecho en el momento de la muerte ha sido abundantemente registrada a lo largo de la historia. Las llamadas «apariciones en el momento de la muerte» han generado copioso material para numerosos libros escritos por diferentes investigadores y especialistas. Tal vez el inglés William Barrett fue el pionero en este tema. Físico notable y esposo de una doctora, reunió sus experiencias en una obra titulada *Visiones en el lecho de muerte. Experiencias psíquicas de los moribundos*, que publicó en el año 1926. Unas décadas más tarde los parapsicólogos de todo el mundo pudieron

reunir y clasificar docenas de miles de casos, dando así origen a numerosas obras sobre este interesante asunto.

Joy Snell, enfermera inglesa con facultades de videncia, presenció durante su larga vida profesional muchos casos en los que los ángeles llegaban a ayudar al alma del difunto, guiándolo hacia los planos superiores. Nunca comentó con nadie nada de eso, ya que temía perder su trabajo y que la tomaran por loca. Sin embargo, una vez jubilada, vertió sus experiencias en el emocionante libro *El ministerio de los ángeles*. En él, relata también el caso de un ángel que solía adoptar el aspecto de una enfermera de mediana edad. En un principio pensó que en realidad se trataba de un ser humano. En sus servicios nocturnos vio con frecuencia a esta otra enfermera, entrando en las habitaciones de los pacientes más graves y tan sólo tocándolos, mientras dormían o se hallaban inconscientes. A la mañana siguiente estos enfermos mostraban invariablemente una gran mejoría, manifestando que habían tenido un sueño tranquilo y reparador, y en algunos casos que habían oído en sueños una cierta música celestial. Cuando Joy Snell decidió averiguar la identidad de aquella enfermera capaz de mejorar de un modo tan extraordinario a sus pacientes, descubrió que en todo el personal del hospital no existía nadie cuyos rasgos coincidieran con ella.

Nadie, ni el ser más querido ni el amigo más íntimo, nos podrá acompañar en esa extraordinaria experiencia que es la muerte del cuerpo físico. ¡Qué gran suerte contar con alguien que sí puede! ¿Por qué no intimar desde ahora con nuestro ángel, con ese maravilloso ser que está sólo esperando un gesto de acercamiento por nuestra parte?

La Imaginación



La imaginación es la visión del espíritu, los ojos del corazón. Con ella construimos nuestro porvenir y en ella sembramos la semilla de nuestra esperanza, la semilla de nuestros logros futuros.

Esta semilla germinará si es cuidada debidamente, y en su momento dará un abundante fruto.

Cultivar la imaginación es dedicar tiempo y cuidados a desarrollarla para que pueda ser utilizada de un modo práctico en la vida. Las alas de la imaginación nacen de la tierra, pero se extienden hasta el cielo y más allá del cielo.

Todo cuanto imaginemos y visualicemos ya existe en otro plano, pues el pensamiento imaginativo es una potente fuerza creadora de la naturaleza. Dios imaginó el mundo y el mundo fue. Así, vivimos en una imagen de la mente divina.

También lo imaginado y visualizado por nosotros se convertirá en realidad en este plano, si recibe las energías necesarias para ello. Y aquí es donde los ángeles pueden intervenir de



una manera decisiva. Pídeles que rieguen esta semilla, que le aporten toda la energía necesaria para hacer que vaya tomando cuerpo, que descienda de esfera en esfera hasta llegar al mundo físico, que es donde ahora la necesitas.

Tal vez esta facultad la tengamos adormecida por el poco uso que hacemos de ella. Es muy necesario cultivar e ir desarrollando la imaginación, pues es como una escalera cuyos peldaños inferiores están apoyados aquí en la tierra pero los de arriba descansan en el cielo.

Una vez iniciado el proceso deberemos mantener nuestra energía suficientemente alta, de modo que las preocupaciones y las dudas queden bloqueadas, y los canales de la visualización permanezcan abiertos y limpios. Debemos saber que el proceso ya está en marcha y que en su momento, se materializará. Confiemos en la naturaleza, en la ayuda de los ángeles, en Dios.

La imaginación es el arte y la práctica de crear ideas, de formar imágenes mentales claras. Nuestra imaginación es nuestro futuro. Cuando queramos algo, debemos ser capaces de visualizarlo y de generar en nuestra mente una imagen clara y perfectamente definida de tal deseo. Si usamos nuestra imaginación con fe, obtendremos todo cuanto deseemos, pues de hecho ya lo poseemos en nuestra mente. La imaginación nos conecta directamente con los ángeles. Ellos pueden proveer a esa imagen nuestra con gran parte de la energía que necesita para densificarse hasta llegar a este plano de la realidad.

Con la fe, la imaginación, los ángeles y Dios, podemos lograr cualquier cosa. Si tienes dificultades para experimentar a los ángeles, imagina todo lo que seas capaz sobre ellos, utiliza lo que ya sabes y lo que desees saber. Imagina que te encuentras con uno, su aspecto y la impresión que te causa, represéntate flotando con él sobre las nubes, sobre los continentes y sobre



los mundos. Escribe en tu diario las sensaciones que experimentes.

Desarrolla tu propio sistema para conocer a los ángeles. No tienes que convencerte de nada, ni que esforzarte en absoluto; simplemente relájate y permanece atento.

Para atraer a los ángeles a tu vida y hacer que jueguen contigo y para ti, es imprescindible que cultives la imaginación, que pienses positivamente y que veas el lado positivo de las cosas. Si siembras la semilla de la esperanza, los ángeles la regarán con su poderosa energía. Así podrás crear tu futuro. Tienes lo necesario; sólo te falta decidirte.





Jugando con los Ángeles

Para los ángeles su trabajo es un juego. Si queremos sintonizarnos con ellos, tendremos que jugar también y, por supuesto, será necesario que aprendamos a reconocer las señales de ese juego, que simultáneamente serán indicadores inequívocos de su presencia.

El juego es una de las relaciones más gratificantes que pueden darse entre seres inteligentes de diferentes especies –¿quién no ha disfrutado enormemente jugando con su perro o su gato?– y también más enriquecedoras para la especie inferior, que en este caso somos nosotros.

La más clara evidencia de que los ángeles están jugando a nuestro alrededor –y seguramente con nosotros– son las casualidades. Uno de sus mayores placeres consiste en organizar coincidencias y sucesos favorables. Cada vez que una coincidencia sospechosa se cruce en nuestro camino, deberemos aguzar la intuición, pues muy posiblemente sea una señal que nos están mandando, detrás de la cual estarán ellos con toda seguridad. De

ser así, pronto captaremos su vibración mágica, sentiremos como si el aire se volviera de repente más fino y cómo una sutil emoción nos embarga.

Recíprocamente, todo comportamiento lúdico y alegre por nuestra parte tendrá muchas posibilidades de atraerlos a nuestro lado. Si eso ocurriera, notaremos la conocida sensación de paz y bienestar, pues así es como solemos nosotros captar el amor y la energía que siempre llevan consigo.

Es bueno visualizar ángeles a nuestro alrededor. Recordemos que la visualización tiene un poder extraordinario, en este caso, de atracción. Si los visualizamos, estarán, y tal vez logremos —en la medida en que nuestra intuición se vaya desa-

rollando— captar su presencia de un modo vívido. Su cercanía equilibrará nuestros cuerpos sutiles, tranquilizará nuestro espíritu y *hará que nuestra suerte aumente considerablemente*. Y precisamente este último efecto —el aumento de la suerte— es mucho más notable si se los visualiza jugando.

Jugar con los ángeles es una experiencia sublime. Bienaventurados



los que se deciden a dar este paso, tan fácil y beneficioso en todos los sentidos.

Un extraordinario sistema para comunicarnos con los ángeles mediante el juego ha sido puesto a punto por Hania Czajkowski. Consiste básicamente en dos mazos de 52 cartas cada uno. Uno de ellos contiene los alentadores mensajes con que los ángeles descienden a este mundo con el fin de llegar hasta nosotros; las otras 52 cartas representan a los propios ángeles que nos aportan su luz, su gracia, su ayuda, su instrucción y su guía.

Este juego se puede utilizar de múltiples formas. Como en todo lo referente a los ángeles, no hay normas rígidas. Lo ideal es hallar un lugar sosegado, donde nadie nos vaya a interrumpir ni molestar. Después de tranquilizarnos mental y espiritualmente, podremos efectuar la consulta. Yo suelo barajar las cartas y extenderlas frente a mí en forma de semicírculo, vueltas hacia abajo. Seguidamente, me quedo un momento sin pensar en nada, tan sólo siendo consciente de mi respiración, y luego inspiro profundamente tres veces. Si tengo una pregunta concreta, me concentro en ella; si no, invito simplemente a los ángeles a que vengan a mi vida pidiéndoles que me traigan lo que crean más conveniente para mí en ese momento. A continuación, cierro los ojos y dejo que mi subconsciente guíe mi mano al tomar una carta de cada tipo. La exactitud de la respuesta suele ser sorprendente y siempre lleva el inequívoco sello angelical.

Nadie que haya jugado con estas cartas podrá dudar de que los ángeles intervinieron en su confección, y de que realmente participan en cada jugada y en cada consulta que se les hace a través de este maravilloso sistema, que se llama precisamente así: *Jugando con los ángeles*.





Los Ángeles de la suerte

Aunque a primera vista esta relación entre la suerte, los seres angelicales y sus juegos pueda parecer absurda, en realidad es algo muy lógico.

¿Qué es la suerte? Desde nuestro punto de vista tridimensional, podríamos definirla como una serie de coincidencias y casualidades favorables, o quizás como una abundancia anormal de tales «casualidades» benéficas. En realidad no es más que un efecto, un reflejo en nuestro mundo de tres dimensiones de una energía rica y poderosa, procedente de una dimensión superior. No olvidemos que también nosotros –los seres humanos– tenemos nuestro ser en esa dimensión más elevada, aunque lamentablemente, en nuestro actual estado de evolución, no seamos conscientes de ello. Bien, resulta que la presencia y la cercanía de los ángeles carga nuestros cuerpos sutiles con esa preciosa energía, hasta hacerla desbordar hacia esta dimensión inferior: el mundo físico en el cual tenemos nuestra existencia cotidiana.

De este modo, la suerte es una consecuencia de nuestra energía y la poca suerte o «mala suerte» significa carencia o bajo nivel de energía.

¿Qué ocurre en las sesiones de ouija? Generalmente, los participantes suelen ser burlados y «atrachados» por seres del bajo astral que se llevan toda su energía sutil, dejándolos casi vacíos. Cualquiera que se haya entregado en alguna ocasión a tales «pasatiempos» recordará el agotamiento que sentía al terminar y también cómo los sucesos aciagos se multiplicaron en aquellos días: pérdida de llaves, dinero extraviado o robado, problemas en la escuela o en el trabajo, malestares físicos, dolores de cabeza, etc.

Piensa en alguien a quien consideres poseedor de mucha suerte; sin duda será una persona llena de energía, tal vez incluso radiante. Por el contrario, aquellos a quienes todo le sale mal suelen ser débiles, apocados y decaídos, sin apenas energía.

Por un lado, la energía de los ángeles se suele manifestar de forma natural en nuestro mundo personal como suerte y, por otro, a ellos les encanta el juego y la diversión, y además, su forma preferida de jugar con los humanos es creando coincidencias y «casualidades». ¿Qué es para nosotros la suerte sino coincidencias y casualidades agradables y benéficas?

Así, todo contacto, todo pensamiento, toda visualización en la que ellos ocupen algún lugar cargará nuestras «pilas» generándonos «buena suerte» y si intentamos de algún modo participar alegremente en sus juegos, esa buena suerte se hará tan evidente en nuestras vidas que nunca ya nos asaltará la más ligera duda sobre nuestros hermanos mayores, aunque los sentidos físicos sean incapaces de percibirlos.

Resumiendo, los ángeles atraen la suerte, dan suerte, son la suerte. Nadie que esté rodeado de ángeles podrá tener mala

fortuna, pues su energía y su juego es nuestra suerte y ellos, afortunadamente, disfrutan jugando y ayudándonos.







Un mundo multidimensional

Vivimos en un mundo multidimensional; sin embargo, nuestros sentidos nos mantienen encajonados en tres dimensiones, pues son las únicas que logran percibir.

La existencia de muchos animales inferiores transcurre en dos dimensiones y hay seres diminutos que tan sólo captan una. Lo que para un ser que vive en dos dimensiones está separado y carece de explicación, en tres dimensiones está unido y es totalmente comprensible. Lo que en tres dimensiones parece separado en cuatro dimensiones está unido, formando un solo cuerpo y un solo ser. Esto, aunque con diferentes palabras, nos lo han repetido hasta la saciedad todos los seres iluminados o «despiertos» que han pasado por esta tierra. Y tal vez esa «iluminación» o ese «despertar» no sea más que la repentina captación de una dimensión nueva, que se suma a estas tres y que confiere al afortunado que la logra una visión de la realidad totalmente coherente, en la que todos los absurdos y todas las injusticias de este mundo tridimensional desaparecen automáticamente y donde



todos, la humanidad entera, somos uno, formamos un solo cuerpo y un solo ser. Quien logra esta experiencia nunca más la puede olvidar; su vida cambia para siempre y desde entonces es consciente de que este mundo nuestro tridimensional no es más que el reflejo,

la sombra en tres dimensiones de otro mucho más rico, complejo y coherente, que tiene su existencia en una cuarta dimensión, del mismo modo que las sombras que conocemos no son sino el reflejo en dos dimensiones de los cuerpos tridimensionales de los árboles, las personas o los objetos.

Existen muchas dimensiones y uno de los rasgos característicos de esta gradación dimensional es la conciencia de unidad. Cuanto más bajo es el nivel, más separados parecen estar los seres y los objetos que lo componen, y al contrario, cuanto más ascendemos en esta escala dimensional, más aparente se hace la indisoluble unidad de todo cuanto existe. En una dimensión los palos verticales de una «U» están separados en dos dimensiones vemos que se hallan unidos. En dos dimensiones las hojas de un árbol están separadas; en tres dimensiones descubrimos que se encuentran unidas a través de las ramas y el tronco. En tres dimensiones los seres humanos parecemos

estar separados; en cuatro dimensiones estamos unidos formando un solo ser.

No sé en qué dimensión están los ángeles; ¿tal vez la cuarta, la quinta? Pero sí sé con absoluta certeza que en una dimensión superior, nosotros y ellos también estamos unidos, también somos uno, del mismo modo que en otro plano más elevado somos igualmente uno con la divinidad, con ese Ser que trasciende cualquier idea que nos hayan inculcado o que podamos tener acerca de Dios.

De este modo los ángeles –que tienen su existencia en una dimensión superior a ésta–, están en todo momento aquí, siempre con nosotros. Nuestros sentidos no pueden captarlos, no pueden penetrar en su dimensión, pero tenemos otros instrumentos que aunque de un modo tímido e incierto sí nos permiten hacerlo: la mente, la imaginación y la intuición.





Los Ángeles y las preocupaciones



Si nos preocupamos continuamente, eso significa que estamos tomando la vida de un modo equivocado. ¡Cuánta gente se pasa las noches en vela preocupada por un problema cuya solución sólo le podría llegar durante el sueño...!

Cuando la preocupación ensombrezca nuestras vidas, acordémonos de los ángeles. Cualquiera que sea la causa de dicha preocupación, debemos estar totalmente seguros de que ellos podrán tratar el asunto mucho mejor y de un modo más efectivo que nosotros con nuestra inquietud. Mandemos a los ángeles al corazón del problema y pidámosles que se lleven nuestras preocupaciones con ellos. Así, con las manos y la mente ya libres, y con la ayuda incondicional de ellos, podremos finalmente actuar con efectividad.

Si estamos preocupados por un problema de salud, pidamos en primer lugar la ayuda del arcángel Rafael; él pondrá a nuestra disposición legiones de ángeles de curación, ángeles

sanadores del cuerpo que inmediatamente comenzarán a trabajar según nuestras indicaciones mentales. Si nos preocupa una situación que vamos a tener que afrontar y que se presenta difícil, mandemos antes a los ángeles a que suavicen o incluso eliminen las dificultades, siempre que eso sea posible. Podemos también pedir a nuestro ángel de la guarda que se entreviste con los correspondientes de las otras personas implicadas, a fin de disponerlas favorablemente.

Si nos inquietan asuntos de dinero, podemos recurrir a los ángeles especialistas en asuntos financieros, a los creadores de oportunidades y a los que disipan las dificultades, estando muy atentos a las señales que ellos nos manden para corregir el rumbo de nuestras finanzas o la marcha de nuestro trabajo.

Nadie es demasiado joven ni demasiado viejo para establecer una comunicación con los ángeles, pero sí tal vez demasiado serio. Eliminemos de nuestras vidas toda seriedad y toda preocupación innecesarias. Ellos pueden ayudarnos a hacerlo.

Debemos recordar que cualquier problema deberá ser resuelto para el mayor bien de todos los implicados y que es necesario siempre incluir de forma expresa esta frase en nuestra petición. Recordemos también finalmente dar las gracias por su ayuda a nuestros hermanos mayores espirituales.





Los Ángeles y el crecimiento espiritual

Dado que estás leyendo este libro, doy por supuesto que de algún modo tienes interés en perfeccionarte espiritualmente. En este campo la ayuda que los ángeles nos pueden dar es sencillamente inimaginable. La iluminación, la unión con Dios, el «despertar», la conciencia de la Realidad, el trascender al mundo físico, el *nirvana*, la piedra filosofal o el *satori* son sólo diferentes palabras para expresar eso que en esencia es indefinible y que constituye la ansiada meta de todos los verdaderos buscadores espirituales.

La enseñanza de los ángeles al respecto no puede ser más refrescante ni alentadora: «Disfrutad; es necesario adoptar un punto de vista alegre, divertido; así generaréis buena suerte, y tanto la verdadera felicidad como la elevación espiritual estarán pronto llamando a vuestra puerta».

El sufrimiento puede ciertamente enseñarnos lecciones muy valiosas, pero sólo si identificamos su causa; de lo contrario, será un sufrimiento inútil y hará que malgastemos nuestras vidas.

Esta integración del sentido del humor en la búsqueda espiritual es uno de los rasgos más característicos de la enseñanza de los ángeles. Las antiguas religiones de la India coinciden totalmente con esta visión: la imagen más usual del dios Shiva es la del «Danzarín Supremo», quien con su alegre danza crea los mundos y las galaxias. La palabra sánscrita *Lila* significa «el divino juego de la creación», o el juego divino del universo, es decir, para los hindúes el motivo por el que Dios creó el universo es por simple juego, por pura diversión.

Los ángeles quieren enseñarnos a jugar y divertirnos, dos campos en los que son expertos.

La búsqueda de la iluminación es mucho más fácil si mantenemos una actitud abierta y positiva, si siempre esperamos que ocurra lo mejor, y si constantemente miramos hacia el lado luminoso de las cosas. Ese lado luminoso es donde se encuentran los ángeles, y ellos siempre estarán dispuestos a ayudarnos a convertirnos en lo que en realidad ya somos.

A la hora de pedir su ayuda no temamos plantearles nuestras más elevadas aspiraciones. En esto más que en cualquier otra cosa, pueden ayudarnos y están deseando hacerlo. Nuestra elevación es su felicidad. Cada paso que damos en esa dirección genera una gran fiesta en el cielo.



Los Ángeles y la oración



En numerosos pasajes bíblicos está claramente establecido que una de las labores que realizan los ángeles es precisamente presentar ante Dios nuestras oraciones y plegarias.

Sin embargo, la auténtica oración es algo muy distinto de lo que nos enseñaron y de lo que casi todos tenemos como tal.

La verdadera oración es una unión con la divinidad. Es ser Uno con Dios, es sentir la Unidad que todo lo interpenetra y que todo lo abarca. Es abandonar toda sensación y todo sentimiento de separatividad, o al menos intentarlo, ir en esa dirección, naturalmente, sin esfuerzo.

Es evidente que esta oración no podrá tener palabras, ni siquiera mentales, y si las tiene tendrá que ser un canto.

Los ángeles aman las canciones, la música y el canto. Eileen Elías Freeman relata en su libro *Angelic Healing* cómo cantó con Rafael, y cómo sintió que aquel canto era la más elevada y pura forma de oración que jamás hubiera imaginado. Yo

mismo he experimentado en varias ocasiones la inequívoca sensación de la presencia angelical, mientras escuchaba embeslesado un canto inolvidable, momentos antes de compartir los sagrados alimentos.

Quienes gusten de cantar podrán acercarse a los ángeles a través de su canto, y con su canto y la ayuda de los ángeles, podrán acercarse a Dios.

Pidamos a los ángeles que nos ayuden a acercarnos a la Divinidad, pues ésta es una de sus funciones, la más importante de todas.





Meditación Angélica

La práctica de la meditación es de un valor incalculable para cuantos deseen avanzar por el sendero espiritual, pues al aquietar nuestra naturaleza inferior permite que se manifiesten los niveles superiores de nuestro ser, los mismos que nos comunican y nos unifican con los planos más elevados de la existencia, con los ángeles y con Dios.

Lo mejor es disponer de un lugar donde nadie ni nada —el teléfono, por ejemplo— pueda molestarnos, un rincón sagrado donde nuestro espíritu pueda recogerse en paz, aislado en lo posible del mundo exterior.

En la verdadera meditación la actividad mental se reduce a niveles mínimos. Se trata simplemente de *sentarse sin hacer nada*, como dicen los practicantes del zen. Es dejar la mente en blanco observando calmadamente sus movimientos, con plena atención, pero sin intervenir en ellos. Ideas e imágenes vendrán a nuestra mente y del mismo modo se irán para dejar paso a otras. No debemos preocuparnos por ellas; la mente es como un

espejo. Su trabajo es reflejar imágenes, pero nosotros no somos esas imágenes. Tampoco somos la mente. Ella es tan sólo un instrumento del cual debemos servirnos. La meditación limpia ese espejo y afina ese instrumento, para que a través de él podamos alcanzar lo más elevado, llegar a ser conscientes de nuestro Ser real, de la unidad de todas las cosas, de Dios.

Meditar no es pensar, no es imaginar y no es visualizar. Todas estas actividades son útiles y cumplen una función insustituible en el sendero espiritual, pero no son meditar.

Los ángeles conocen la importancia de la meditación y por ello están siempre dispuestos a ayudarnos.

Estos siete pasos pueden ser utilizados a modo de sencilla guía:



1. Acondicionar el ambiente. Reducir la luz, tal vez encender una vela o quizás incienso si sentimos que nos puede ayudar.
2. Sentarnos en una postura cómoda, con la espalda erecta, los pies descansando sobre el suelo y las manos posadas sobre los muslos.
3. Cerrar los ojos y ser conscientes de nuestra respiración durante unos instantes.
4. Hacer una petición mental a nuestros hermanos mayores los ángeles, para que nos protejan y nos ayuden en la meditación que vamos a iniciar. Esta petición no tiene por qué ser verbalizada, ni tan siquiera mentalmente. Un rápido pensamiento será suficiente. Seguidamente los podemos ya visualizar formando con sus alas un arco sobre nuestra cabeza, envolviéndonos totalmente a cierta distancia y formando una verdadera cadena protectora sobre nosotros, por delante, por detrás, por ambos costados y por debajo. Al mismo tiempo los visualizamos invocando a la Luz para que desde lo alto descienda hasta nosotros.
5. Una vez establecida esta ayuda y protección angélica nos olvidamos de ella y nos centramos unos instantes de nuevo en nuestra respiración. Podemos contar siete o nueve ciclos respiratorios completos. No hay que intentar respirar de ningún modo especial, no hay que hacer nada, sólo dejar que la respiración fluya de forma natural.
6. Ese no hacer nada es ya en sí mismo la meditación. A algunas personas les da buen resultado fijarse –mentalmente– en un punto situado sobre la nariz, entre los ojos –el llamado tercer ojo o chakra frontal–. Otros prefieren hacerlo en el punto sobre la cúspide de la

cabeza —el chakra coronario o *loto de los mil pétalos*—. Realmente es indiferente y podemos hacerlo como nos plazca; también podemos no fijarnos absolutamente en nada.

7. Cuando sentimos que el tiempo se ha cumplido volveremos a ser conscientes del proceso respiratorio durante unos cuantos ciclos. A continuación, daremos mentalmente las gracias a los ángeles por su ayuda y protección asegurándoles que pueden a cambio contar con nosotros para lo que deseen. Seguidamente moveremos ligeramente los dedos de los pies, después las manos y por último, podremos abrir ya los ojos, dando por terminada la sesión.

Durante la meditación pueden ocasionalmente producirse fenómenos, podemos tener visiones o es posible que ocurran sucesos inexplicables. Debemos considerarlos tan sólo como postes en el camino, como señales que nos animan a seguir, sin conferirles una importancia que realmente no tienen. Por extraordinarios que tales fenómenos puedan parecer, debemos seguir adelante. Nuestra meta es la Realidad, no sus reflejos, por brillantes que éstos sean. Pidamos a los ángeles para que nos ayuden a no desviarnos del camino.

Los ángeles conocen la importancia de la meditación y estarán siempre prestos a ayudarnos en ella. Es más, aquellos que nos han ayudado y protegido la primera vez desearán ansiosos hacerlo de nuevo, de modo que entre nosotros y ellos se establecerá una relación muy fuerte, formaremos una especie de sociedad, de equipo. Es la «Fraternidad de los Ángeles y de los Hombres».



La importancia de llevar un Diario

Las formas en que los ángeles nos hacen saber que están en la labor que les hemos encomendado (aunque en realidad ellos estén jugando) son muchas veces de lo más extraño e imaginativo. Así, es sumamente importante permanecer atentos para que no se nos escapen sus señales.

Además de la sensación de paz y tranquilidad, de la finísima emoción y de la gran esperanza que nos embargan cuando ellos están cerca, hay que estar especialmente atentos a las casualidades y coincidencias, pero sobre todo, y muy especialmente, a los sueños.

Por eso es tan importante tener en nuestra mesilla de noche, y de ser posible siempre a mano durante el día, un cuaderno o diario donde podamos registrar las impresiones y las intuiciones que nos llegan y sobre todo los sueños.

En el momento de despertar siempre solemos recordar lo soñado; sin embargo, esos recuerdos se desvanecen rápidamente a medida que nos adentramos en las actividades del día.

Por ello es tan importante anotarlos en el mismo momento en que despertamos. Si no disponemos de tiempo, unas pocas palabras serán suficientes para «anclarlos» en este lado de la realidad, lo que nos permitirá luego recordarlos y tal vez anotarlos ya con todo detalle.

En este diario podemos también verter nuestras impresiones y todo aquello que pueda ser una señal procedente del otro lado, al igual que pensamientos, ideas y cualquier cosa alegre, vivificante y graciosa que llegue hasta nosotros durante el día. Del mismo modo, podemos escribir en él nuestros mensajes, comunicados y peticiones para los ángeles.

El diario nos dará confianza y seguridad, nos mostrará de un modo innegable los progresos que estamos haciendo y se convertirá en un instrumento clave en nuestra comunicación angélica.

Sin embargo, los principales beneficios que el diario nos proporcionará no pueden ser apreciados en este mundo tridimensional, pues se escapan de él, invaden una dimensión superior que quizás sea aquella en la que los ángeles viven y juegan, y ¿quién sabe si los ángeles no utilizarán también ese mismo diario para transmitirnos sus indicaciones, su amor y su ayuda?





Ángeles en forma humana

El famoso pintor y escultor renacentista Benvenuto Cellini cuenta en su autobiografía cómo un ángel le salvó la vida en una de sus estancias en la cárcel.

El problemático y pendenciero Cellini ya había sido encarcelado en varias ocasiones; en una de ellas condenado a muerte por asesinato, aunque se libró de su sentencia gracias a la intervención directa del papa Paulo III.

Cellini —también joyero— fue en otra ocasión encarcelado bajo la acusación de haber robado ciertas joyas pertenecientes al papa Clemente. Intentó escapar de su celda —en el castillo de Sant’ Angelo— pero fue capturado en su fuga, y confinado a una de las peores mazmorras de los sótanos del castillo. Desesperado, decidió poner fin a su vida ahorcándose de una viga. Cuando estaba ya a punto de cumplir su decisión, una tremenda e invisible fuerza lo derribó contra el suelo. Seguidamente tuvo la visión de una joven angelical, que le recriminó su comportamiento, señalándole la importancia de la vida y de su



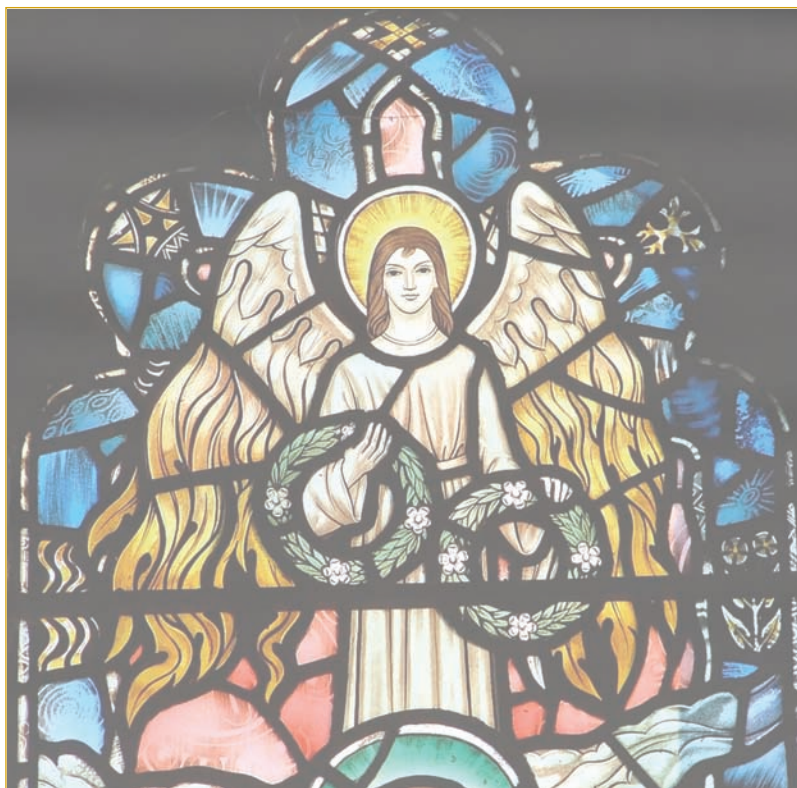
preservación. Poco después fue liberado por la intercesión de un cardenal, y llegó a convertirse en uno de los más destacados artistas del Renacimiento. Esta enorme fuerza física desarrollada por el ángel que salvó a Cellini nos recuerda el caso de Jovita Zapien, en el que unas niñas fueron capaces de alzar una máquina que pesaba varias toneladas. En su libro *Where Angels Walk*, Joan Wester Anderson cuenta el caso de una joven madre de familia cuya camioneta, en la que también viajaban sus hijos, se quedó sin gasolina y se detuvo justo sobre unas vías. Al momento un joven se asomó por la ventanilla, advirtiéndole que el tren llegaría en medio minuto y que por ello iba a mover un poco su camioneta para sacarla del peligro. Después empujó con una sola mano y muy tranquilamente el pesado vehículo, que se deslizó unos cuantos metros y se paró de nuevo. El tren llegó en aquel preciso instante con su estruendo habitual. Seguidamente la joven buscó con la vista a su benefactor pero ya no lo pudo hallar. Por fortuna, la gasolinera estaba tan sólo a unos pasos, y rápidamente llegaron algunos empleados y voluntarios, quienes entre todos –fueron necesarias ocho personas– empujaron el coche hasta la estación de servicio. ¿Quién fue el oportuno joven que los salvó de ser arrollados por el tren moviendo con una sola mano el pesado coche que luego ocho personas pudieron desplazar con mucha dificultad?

Tanto el caso de Cellini como el de esta camioneta demuestran de un modo inequívoco que las apariciones físicas de los seres angelicales no son sólo «visiones» o manifestaciones «etéreas», sino que son capaces de actuar sobre el entorno físico, desarrollando, cuando es necesario una fuerza imponente e incomprensible.

Estos seres misteriosos pueden ser hombres o mujeres, muy jóvenes, de mediana edad o ancianos. Suelen ser poco

habladores, y se limitan a actuar con la máxima eficiencia –generalmente dan la impresión de no disponer de mucho tiempo, como si el esfuerzo que deben hacer o la energía que han de reunir para manifestarse en nuestro plano fuera enorme– para, al fin, desaparecer.

Sin embargo, no todas las apariciones angélicas bajo forma humana suelen tener lugar en un momento de gran peligro o en circunstancias extraordinariamente dramáticas. Hay excepciones; unas veces su aparición ocurre en momentos de gran exaltación emotiva o espiritual y en algunas ocasiones incluso hablan extensamente. Transcribo seguidamente el relato de Nigbe Quetzali, de Miami, Florida: «Desde que yo



recuerdo he sido una enamorada del sol, lo que siempre atribuí a pertenecer al signo zodiacal Leo, cuyo regente es el astro rey. Pero un día, hablando con un amigo, me sorprendió descubrir que para él el sol era un ser vivo e inteligente, con conciencia y emociones; me aseguró incluso que él era mi guía espiritual. Aunque eso me llenó de asombro, no lo puse en duda, pues algo dentro de mí me decía que era cierto. Así, mi actitud fue de gozo, como quien descubre algo que ya desde antes presentía. Todo esto ocurrió de noche, por lo que no me fue posible correr a encontrarme con la estrella solar. De modo que después de una larga conversación me fui a dormir, bastante tarde por cierto.

»Desperté ya bien avanzada la mañana, quizás serían las once y media, aunque no lo sé con seguridad. Me preparé rápidamente para salir. Mi deseo, o mi necesidad, era ir a un parque cercano, sentarme en un banco y hablarle al sol. Sí, recuerdo perfectamente que llegué a mi banco a las doce en punto, exactamente al mediodía. Estaba desocupada, así que me senté.

Levanté los ojos al cielo, mi mirada se encontró con el sol (debo aclarar aquí que desde niña puedo mirarlo directamente, sin que me lastime el resplandor, lo cual aconsejo que no lo haga nadie, pues puede resultar muy dañino). Al verlo me quedé extasiada. Hablaba mentalmente con él. No recibía respuesta, pero yo me encontraba arrobada, recordando mi conversación de la noche anterior y llena de gozo porque por primera vez veía al sol como un ser inteligente y con conciencia. Me hallaba tan absorta que no sentí llegar –ni sentarse a mi lado– a un



hombre que me sacó de mis cavilaciones al decirme: ‘Él te escucha’. Sorprendida, bajé la mirada para encontrarme con un rostro apacible y armonioso, pero nada extraordinario, aunque desde un principio hubo una extraña comunicación entre nosotros; me miró a los ojos y sentí que veía dentro de mí, que entre aquel desconocido y yo había un lazo muy estrecho. Con ese mismo rostro extrañamente sereno, dirigió su mirada al sol. No hubo sonrisas, ni asomo de broma. Había en todo aquello un dejo de ceremonia que me inspiraba un profundo respeto. A mi vez alcé el rostro hacia el sol, respondiéndole después con una voz que no se parecía a la mía, pues sonó mucho más profunda y segura: ‘Lo sé’.

»Después de aquel mágico momento sentí una especie de ‘regreso a la normalidad’, se desvaneció el ambiente especial y pude observar entonces al extraño. Era un hombre de unos cuarenta años, sin nada de peculiar y de aspecto más bien común. Su tez era morena clara, llevaba el pelo corto y negro, con algunas canas. Vestía un pantalón de color *beige* que se veía ya usado, una camisa blanca y una chaqueta de color café. Que yo recuerde no había en él nada que resaltara. Era como cualquier persona de clase media baja. Conversamos. Me preguntó cosas sobre mí, como lo haría cualquier persona que acaba de conocer a otra. También me habló de él. Me dijo que trabajaba en una compañía muy cerca de allí, que era vendedor. Me pareció un hombre muy simpático y ahora sí, sonreía. Sacó del bolsillo una cartera negra y de ella una tarjeta con sus datos. Me la tendió, diciendo que le llamara cuando quisiera, que sería muy agradable verme otra vez, pues le había caído muy bien. Contesté que él a mí también y que cuando pudiera lo llamaría. Nos despedimos. Lo vi darse la vuelta y caminar por la vereda rumbo a la calle. Bajé la mirada para ver su nombre, que –impreso en letras negras– figuraba en la tarjeta. Levanté la

vista para verlo irse y ¡ya no estaba! ¡Era imposible! No habían pasado ni tres segundos. Analicé las posibilidades. Yo me hallaba al principio de la vereda. El lugar más cercano donde uno pudiera ocultarse estaba al menos a quince metros de distancia, y no había arbustos altos ni árboles cercanos. Todo estaba al alcance de mi vista, menos él. Me quedé allí, en medio de todo. No había gente a mi alrededor, sólo un silencio que cada vez me inquietaba más. Estaba desconcertada y pensé que todo había sido un sueño.

»De pronto sentí la tarjeta en mi mano. ¡Era verdad! ¡Él había estado allí! Corrí hacia un teléfono. Con emociones encontradas, marqué su número. ¡¡Qué tonta soy! —me decía—. ¿Qué diré?». En eso, oí una voz al otro lado; era una voz de mujer. Pregunté por él. La señora que contestó me dijo que dicha persona no vivía allí. Comprobé el número y era correcto. Le expliqué a la señora que me habían dado su teléfono como perteneciente a una compañía, le di la supuesta dirección y no coincidía. Me dijo que era un domicilio particular y que no podía ser un error, pues llevaba ya muchos años con ese número telefónico. Le agradecí su atención y colgué el auricular, cada vez más desconcertada. Dirigí mis pasos hacia la dirección indicada en la tarjeta y al llegar me encontré con un pequeño comercio. No había tal compañía. Me quedé largo tiempo mirando aquella tarjeta; no encontraba explicación a lo sucedido. De pronto recordé su primera frase: ‘Él te escucha’. Sentí un estremecimiento que me recorrió de pies a cabeza y enseguida algo me hizo comprender que era inútil seguir buscando. Al menos aquí, en este mundo».



Apariciones etéreas de Ángeles

Son las más abundantes y aunque generalmente suelen ocurrir en momentos de gran emergencia, ya sea física o anímica, no siempre es así, pues algunas veces tienen lugar de manera totalmente espontánea, como sucedió en el caso siguiente, que nos es relatado por la señora Patricia de la Vega, de Mazatlán, México: «Eran casi las dos de la mañana. En el dormitorio estábamos mi hermana y yo. Nos habíamos quedado hablando hasta tarde y acordamos irnos ya a dormir. Apagamos la luz y entonces lo vi, a los pies de la cama. Estaba parado, con las manos unidas frente al pecho y los ojos cerrados, en actitud concentrada, como rezando. Iba vestido con una túnica blanca, que dejaba ver otra prenda interior de un color rojo o rosado, semejante a las que usan los monaguillos. Su apariencia era la de un niño de unos doce años, con el cabello dorado y ligeramente «rizado». Su «cuerpo» parecía despedir una suave luz, que iluminaba la habitación y permitía verlo en la oscuridad. Intenté llamar a mi hermana pero fue imposible,



pues perdí totalmente el habla –no obstante, algo en su interior debió de avisarla de que hechos extraordinarios estaban teniendo lugar allí, pues se cubrió la cabeza totalmente con las sábanas, presa del pánico—. Sin embargo, yo en ningún momento sentí el más ligero temor, ni miedo, ni ninguna sensación desagradable. Me incliné hacia delante para verlo mejor y tras un instante –no puedo precisar el tiempo, pero alcancé a fijar perfectamente mi vista y mi atención en él– desapareció. Después de acostarme sentí una poderosa energía que penetraba en mi cuerpo a través de las plantas de los pies y me inundaba totalmente, hasta las puntas de los dedos. Una inenarrable sensación de bienestar y felicidad –como nunca he vuelto a experimentar– me embargó seguidamente, y después me dormí.

»Debo aclarar que ni antes de la aparición ni tampoco durante el día había estado hablando ni leyendo sobre temas esotéricos ni espirituales, lo cual descarta la hipótesis de la sugestión, al igual que también lo hace el hecho de haber estado presente otra persona, que si bien no vio nada –por impedirsele el miedo–, su cuerpo sí percibió de una manera muy clara y dramática la presencia de aquel poderoso ser».

El siguiente relato, de la señora Marina Sol, de Tampa, Florida, es semejante al anterior, aunque el ser angelical que la visitó no puede ser calificado de «etérico», pues le dio la mano: «Aunque nunca le vi el rostro, estoy totalmente segura de que fue un ángel. Vivía yo entonces todavía en la casa de mi madre. La puerta de mi habitación daba directamente al jardín y era toda de cristal translúcido, con tan sólo el marco de madera. De pronto una noche –sin sentir el más mínimo atisbo de miedo– vi cómo una figura humana penetraba en mi cuarto pasando a través de la puerta; seguidamente se sentó en mi cama y me tendió la mano. Le di la mía y sentí la presión de sus dedos. Yo también apreté. Estuvo todo el tiempo casi de espaldas, por lo

que no pude verle el rostro, pero la suya era una mano masculina, fuerte y segura. De momento toda la angustia que me aquejaba se esfumó y supe que nada me podía pasar. Iba vestido con una especie de túnica de color oscuro y tras un momento se fue, dejándome envuelta en una paz y una felicidad que no puedo describir. Su visita se repitió en varias ocasiones durante unos días, y siempre ocurrió de un modo parecido. Nunca le vi el rostro y nunca cambiamos palabra alguna. Jamás experimenté miedo, y en cada ocasión sentí una paz y un bienestar que nunca olvidaré. Debo decir que en aquellos días estaba atravesando por uno de los momentos más dolorosos y difíciles de mi vida, y que el impulso que recibí de aquel maravilloso ser me ayudó enormemente a seguir adelante. Muchas veces lo recuerdo, y me gustaría volver a verlo y sentir la tranquilidad que de él emanaba».

Olga May, de Houston, Texas, suele ver ángeles con cierta frecuencia, aunque su visión por regla general dura tan sólo unos breves instantes, tal vez menos de un segundo. Normalmente vienen a avisarla de algo o a confortarla en momentos de gran tensión. Me relataba que la última vez que le ocurrió



había ido a ver a una amiga al trabajo —es ingeniera civil y estaba entonces trabajando en la construcción de una planta industrial—. Charlaban tranquilamente cuando de pronto requirieron la presencia de su amiga en otro lugar de la obra. Le dijo a Olga que la esperara un momento y se dispuso a salir de la oficina en que se hallaban. En



aquel preciso momento Olga vio a un niño de unos doce años, que sostenía un casco en la mano. Llamó rápidamente a su amiga y le rogó que se pusiera el casco. Afortunadamente, le hizo caso, pues unos instantes después una enorme viga caía sobre su vehículo y posiblemente le habría causado la muerte de no haber llevado el casco puesto.

El siguiente relato de Ralph Harlow es ya un clásico en la angelología. Fue publicado en el *Guidepost Magazine* y ha sido reproducido en numerosos libros y publicaciones: «No estábamos en Navidad, ni siquiera era invierno. Ocurrió durante una espléndida mañana de primavera. Mi esposa y yo caminábamos entre los álamos y los arces que comenzaban a brotar, cerca de Ballardvale, Massachusetts. Me doy cuenta de que la validez de este relato, como la de cualquier otro que refleje una experiencia personal, depende del buen sentido y de la honestidad de la persona que lo narra. ¿Qué puedo decirles de mí?

¿Qué soy un académico que no cree en la adivinación y sí en la investigación científica? ¿Qué soy titulado por Harvard, Columbia y el Seminario Teológico de Hartford? ¿Qué nunca he tenido alucinaciones? ¿Qué más de una vez se ha solicitado mi testimonio en los tribunales y que en tales ocasiones tanto el juez como el jurado me han considerado un testigo fidedigno? Todo ello es cierto, pero dudo que estos hechos influyan en la aceptación o no de mi relato.

»En realidad, cada uno de nosotros debe pasar toda la información que recibe de los demás por el tamiz de su propia experiencia, de su comprensión y de su visión del mundo. Así que me limitaré a relatar lo ocurrido.

»Aquella mañana Marion y yo paseábamos por un sendero de tierra blanda, tomados de la mano, disfrutando mientras caminábamos al lado de un hermoso arroyo. Estábamos en el mes de mayo y, dado que en el colegio donde yo era profesor se

estaban preparando los exámenes,

pudimos tomarnos unos días

de vacaciones para visi-

tar a los padres de Ma-

rion.

»Solíamos cami-

nar frecuentemen-

te por las prader-

ras, disfrutando de

la primavera des-

pués del frío in-

vierno de Nueva In-

glaterra, pues en esa

época del año los bos-

ques están radiantes y

tranquilos, y al mismo tiempo



la vida primaveral comienza a brotar de la tierra. Aquel día nos sentíamos especialmente felices y serenos, conversábamos tranquilamente dejando largos silencios entre una frase y otra.

»De pronto oímos un murmullo de voces a nuestras espaldas. Le dije a mi esposa: ‘parece que hay alguien más en el bosque esta mañana’. Marion asintió y ambos miramos hacia atrás, pero no vimos nada; sin embargo, las voces se acercaban cada vez más rápido hacia donde nosotros estábamos. Pensamos que aquellas personas pronto nos alcanzarían.

Entonces nos dimos cuenta de que el sonido no sólo provenía de atrás, sino que al mismo tiempo estaba sobre nosotros y levantamos la mirada.

»¿Cómo explicar lo que sentí? No es posible describir la exaltación que se apoderó de nosotros. ¿Cómo detallar ese fenómeno

con objetividad y que al mismo tiempo resulte creíble?

»A unos tres metros de altura sobre el suelo, ligeramente a nuestra izquierda, había un grupo de hermosas criaturas que flotaban, irradiando una gran belleza espiritual. Nos detuvimos y contemplamos cómo pasaban sobre nosotros.

»Eran seis hermosas jóvenes, vestidas con blancas túnicas flotantes, que charlaban animadamente entre ellas. No parecieron darse cuenta de nuestra existencia. Vimos sus rostros con toda claridad; una de las mujeres, un poco mayor que las otras, era especialmente bella. Sus oscuros cabellos estaban recogidos atrás, como sujetos en la nuca. Hablaba con un espíritu más



joven que estaba de espaldas a nosotros y que la miraba fijamente, con atención.

»Aunque sus voces se oían con claridad, ni Marion ni yo pudimos comprender las palabras que pronunciaban. Era como escuchar la conversación de un grupo de personas que está en la calle, desde dentro de una casa con la puerta y las ventanas cerradas.

»Flotaron junto a nosotros. Sus elegantes movimientos eran naturales, suaves y tranquilos. Cuando pasaron, el sonido de sus voces se fue volviendo cada vez más tenue, hasta apagarse por completo. Totalmente sorprendidos, permanecemos allí, tomados de las manos y mirando.

»Estábamos más que maravillados. Nos mirábamos, queriendo que el otro confirmase si había visto lo mismo. Nos sentamos sobre el tronco de un árbol caído y le pregunté a mi esposa: ‘Marion, ¿qué has visto? Dímelo exactamente y también lo que has oído’.

»Ella se dio cuenta de mi intención: quería saber si mis ojos y mis oídos me habían traicionado, si había sido víctima de mi imaginación o de una alucinación. Sin embargo, su respuesta coincidió exactamente con lo que mis sentidos habían captado.

»Hago este relato con toda fidelidad y respeto por la verdad, pero todavía me parece increíble.

»Quizás deba terminar diciendo que este suceso ejerció una profunda influencia en nuestras vidas, pues, ocurrido hace ya más de treinta años, hizo que nuestro pensamiento se modificara enormemente».

El doctor Harlow y su esposa no son los únicos que han visto ángeles en plena naturaleza. La escritora Joan Wester Anderson cita el caso del reverendo John Weaber, que se encontraba cazando alces en Montana con unos amigos.

Mientras subía una montaña, vio de pronto que una persona salía de entre los árboles en la ladera de la colina que tenía frente a él. No iba vestido como cazador ni llevaba rifle y, pese a que aparentemente caminaba con normalidad, cubrió la considerable distancia que lo separaba de él en apenas unos segundos. Además, no dejó ninguna huella en la nieve. Al llegar, el hombre le preguntó: ‘¿Sabes quién soy?’. El pastor John Weaver lo reconoció de pronto: era el mismo que unos veinte años atrás le había auxiliado un día en que su coche se averió. Seguidamente se sentaron sobre una roca y charlaron como dos amigos. Al rato el desconocido se despidió bendiciéndolo en nombre de Dios.

El alpinista F. S. Smythe, que coronó el Everest en 1933, narra que durante su ascenso fue acompañado por una «amigable presencia». Durante toda la expedición se sintió extrañamente acompañado, sin llegar a sentirse nunca solo ni creer posible que algún mal pudiera ocurrirle, pues percibía que dicha presencia le ayudaba y lo protegía. La sensación de compañía era tan fuerte que Smythe comenta en su narración que más de una vez dividió en dos su galleta, alargando instintivamente la mano con la mitad, para ofrecérsela a su compañero invisible. No es el único alpinista que relata hechos semejantes.

La experiencia de Smythe me recuerda lo que le ocurrió a Cecilia K., de Brownsville, Texas. Ella tampoco percibió ninguna figura humana o angelical, pero sí sintió su presencia de un modo innegable: «Normalmente suelo leer y meditar siempre en la misma habitación, en uno de cuyos rincones tengo una especie de altar con algunas imágenes, velas y también un cuenco tibetano. El otro día estaba precisamente leyendo un libro sobre los ángeles cuando oí un zumbido. Pensé que venía de la pecera y salí a examinarla, pero allí todo estaba en orden. Al volver a la lectura me di cuenta de que el zumbido seguía e

incluso iba en aumento. Entonces vi que procedía del cuenco tibetano, que se había puesto a vibrar él solo de la manera más extraña. Repentinamente y de una manera muy clara, sentí que era mi ángel, que de algún modo, y respondiendo a una petición mía, estaba evidenciándose su presencia».

La inmensa mayoría de las personas que alguna vez han leído sobre los ángeles o les han dedicado algún pensamiento suelen tener experiencias parecidas a la del alpinista Smythe o a la de Cecilia K.





Conclusión

Todos, absolutamente todos, podemos comunicarnos con nuestro ángel de la guarda. Todos, de un modo u otro, estamos dotados para ello. Unos podrán verlo, otros oirán su voz y otros lo captarán mediante su intuición. Pero incluso los menos intuitivos no podrán negar sus contundentes hechos.

Estos seres maravillosos están siempre dispuestos y desean-do ayudarnos, pero no pueden hacerlo si no los invitamos a ello. Tenemos que pedírselo expresamente.

Pero cuidado, los ángeles no son nuestros criados, ni nuestras mascotas, ni tampoco muñecos para ser lucidos en las reuniones sociales. Son seres extraordinarios, muy superiores a nosotros en todos los sentidos y merecen un enorme respeto por nuestra parte. Pero tampoco debemos convertirlos en ído-los. Son nuestros hermanos mayores, cuya percepción supera nuestras tres dimensiones y cuya conciencia está mucho más despierta que la nuestra; se hallan mucho más cerca que nosotros



de Dios, de su Padre, que es también el nuestro. Pidámosles que nos acerquen a Él, que nos ayuden a ser concientes del El y muy pronto veremos cómo el resultado de su ayuda se hace evidente en nuestras vidas.





Índice

Prefacio	7
Introducción	9
¿Qué es un ángel?	19
Clases de ángeles	29
Querubines	33
Serafines	35
Los arcángeles	37
Los ángeles de la guarda	41
Otros ángeles	49
Otros seres espirituales.....	53
Los espíritus de la naturaleza o devas	53
Espíritus guías y espíritus protectores.....	54
Los ángeles están de moda	57
La Iglesia y los ángeles	61
Pidiendo ayuda a los ángeles.....	63
La intuición	73
¿Qué se puede pedir a los ángeles?.....	74
¿Cómo realizar la petición?	78
Resumen.....	83
Cómo averiguar el nombre de tu ángel	87
Los ángeles y la curación	91
Los ángeles en el momento de la muerte	99
La imaginación.....	101
Jugando con los ángeles	105

Los ángeles de la suerte.....	109
Un mundo multidimensional.....	113
Los ángeles y las preocupaciones.....	117
Los ángeles y el crecimiento espiritual	119
Los ángeles y la oración.....	121
Meditación angélica	123
La importancia de llevar un diario	127
Ángeles en forma humana.....	129
Apariciones etéreas de ángeles.....	135
Conclusión	145



